

NOCHES DE SEDA

Aicha Bassry

Noches de seda

Traducción del árabe de

Abdellatif Zennan

*Dedicamos esta edición a nuestro amigo común ANTONIO REYES RUIZ
que tanto nos ha ayudado y animado en nuestra carrera*

A mis amigos los muertos, con saludos

*Con labios en la piedra de la oración
beso de por vida la muerte
Nelly Sachs*

A veces colgamos nuestras emociones en un perchero lejano y nos retiramos la distancia de una década o dos o más...

No nos involucramos en una vida, sino en vidas que no se nos parecen. Crecemos, nos graduamos en la universidad, nos casamos, damos a luz, votamos y nos votan, tenemos el documento de identidad con la foto de una mujer elegante y seria. Nos reúne un retrato de familia: Esposas honradas, madres esforzadas, funcionarias disciplinadas; pero nadie lee detrás de los retratos.

Concertamos una tregua con la vida a cambio de unas palabras de ánimo que de vez en cuando oímos de padres o esposos, o una mirada amenazante, más que respetable, de una sociedad a la que no le importa más que fisgonear a través de las grietas.

Los números de móviles se oxidan en la memoria. Solamente un número se queda en el bolsillo del abrigo de invierno, o entre los libros viejos.

Los rostros se alejan y palidecen, y no permanece más que uno en el rincón de la memoria, aguardando a alguien que le sacuda el polvo del tiempo.

Súbitamente, como si se despertara de una siesta, o regresara de una muerte que no le había alcanzado, o cruzara una calle, nos recibe el otoño. El oro de los árboles cae sobre la ventana de nuestra alma.

Una hoja amarillenta y caída advierte al corazón a sus latidos. Éste se dilata y libera a la memoria de la pereza de la somnolencia. La sangre brota en las venas secas. Allí, en una fría sala, sobre un perchero lejano, recordamos las emociones que están aguardando.

Nos apresuramos al espejo, arreglamos lo que el tiempo ha desordenado sobre nuestros cansados rostros, palpamos nuestro pecho para asegurarnos de que el corazón aún sigue allí...

Llamamos a la ausencia de su propia ausencia.

Cambiamos el principio de la frase, "Seré" a "Fui".

Recordamos palabras que jamás hemos dicho, una idea que no fraguó, una frase que requiere explicación, una confusa dirección que debió de ser un lugar de cita, un pequeño detalle que cambió el rumbo de una vida. Recordamos una vida que no hemos vivido y un cuento que no hemos contado.

LA CASA DE LA NOCHE

Y me dijo:

*-Tu casa es tu camino,
tu casa es tu tumba,
tu casa es tu resurrección
Al Nefri, (Actitudes)*

-Anoche tu sueño estaba perturbado. ¿Se repitieron las pesadillas? -Susurraba una voz somnolienta bajo las sábanas-

-No, solamente estaba nerviosa y tomé alguna pastilla de más para dormir.

-Emm... He intentado despertarte en vano varias veces. Te he llamado. Tu sueño era profundo. A última hora de la noche, dejaste la cama y fuiste al baño sin contestar. Allí te quedaste largo tiempo... No oía el grifo. Te he esperado hasta que el sueño me venció.

No contesté, ¿quizás se enfade si supiera que había regresado allí de nuevo!

Paulatinamente la voz se debilitó antes de convertirse en leves ronquidos.

Un diminuto rayo de luz se filtró en la habitación. Tomé media pastilla, la de la mañana, la que me acostumbré a dejar sobre la mesita de noche para no olvidarla.

Nada perturba a mi compañero más que el gorjeo del agua en la garganta.

Ahora está durmiendo.

Volví a tenderme. Percibía el ruido de las ruedas de los coches sobre el asfalto mojado. Dentro de dos horas, la ciudad se despertaría también. Contemplé el techo. Perseguí las ambiguas manchas de humedad.

Detrás está el mar y al frente el río.

Han pasado cuatro meses, y estoy tendida sobre la cama contemplando el techo. Con el paso del tiempo, las manchas parecen formaciones y dibujos que se mueven cual una película lenta en blanco y negro cuyo guionista soy yo, también el realizador y el protagonista. Ciertamente, el protagonista, no me conformo con otro papel más que éste; aunque durante toda mi vida real fui siempre una figurante.

Fábulas que me entretienen y rellenan los vacíos dejados por una aguda crisis cardíaca. Las manchas se transforman en cuerpos de diferentes tamaños, cambian sus rasgos al compás de mi temperamento. A veces aparecen cual caballos al galope y otras como gaviotas bailando sobre mí o cigüeñas que agitan sus alas para sofocarme. También, como árboles emparrándose, provocando grietas en el techo y goteando los susurros íntimos de los vecinos. El calor caldea la habitación.

De costumbre, estas visiones se alargan hasta la hora del desayuno, dos horas después de tomarme la medicina.

Ya lo sé, hoy no me encuentro con ganas de recrear aquellos cuentos banales, pues el sueño de ayer agotó mi imaginación. Esta mañana me levanté exhausta, sudada, con la ropa empapada; incluso la sábana.

No he podido moverme de la cama.

Otra vez se repite el mismo sueño; largo y penoso cual la distancia de una vida. Un sueño con olor*¹ a iodo, desinfectantes y medicamentos de cuyos nombres no me acuerdo. Con sensaciones perturbadoras que alternan entre el amor y el odio, entre la tristeza y la alegría. Y un deseo frenético de lucha y rendición. Son sensaciones que nacen fuera del tiempo y del espacio.

Antes soñaba más y perdía todos mis sueños al abrir los ojos. Cuando volvía a la realidad, los abandonaba y me olvidaba de ellos.

No prestaba atención a mis sueños ni los pintaba como tremendos. Los consideraba “una forma de actividad psicológica emitida por el durmiente (según las circunstancias) cuando está en ese trance”.

Pero yo me inclino hacia otra explicación poética: “el sueño es una continuidad de la vida; cuando ésta se para por unos instantes, el sueño llena los vacíos”. Pero los sueños al fin y al cabo permanecen como semilleros donde sembramos aspiraciones y deseos con el objetivo de que se cumplan.

¡Cuántas veces nos hemos burlado de la abuela! – Como si abriera el buzón cada mañana- Se sentaba en el patio de la casa para descifrar los talismanes de sus propios sueños y de los demás. Leía el futuro de cada miembro de la familia, -¿por qué no? incluso el futuro del país y del mundo- lo hacía convencida de que eran cartas enviadas por seres sobrehumanos, para advertirnos de una desgracia o darnos buenas noticias. Reconozco que acertó varias veces. Ella fue quien presagió meses antes mi nacimiento y la deceso del Rey en el mismo año. Se basó en un sueño que tuvo mi madre:

(Paseaba por una playa desierta. Encima de su cabeza había un sol ardiente. Una bandada de gaviotas reanudaba el vuelo haciéndole sombra. De una ola cristalina emergió una muchacha rubia que vestía un traje de satén verde que el agua no pudo emparar. En el horizonte, entre las dos líneas azules, estaba el Rey –Mohamed V, entonces Rey de Marruecos- a lomos de un caballo oscuro luchando con las olas antes de que fuese engullido por las profundidades.)

Así fue, aunque hasta el momento no le encuentro explicación alguna. Muchos pronósticos de la abuela*² coincidieron de una forma u otra. Al

¹ ¿Quién dijo que los sueños no tienen olor? Cuando camino dentro del sueño / la casa, me invade aquel fuerte olor a alcohol, yodo, desinfectantes, y medicamentos de cuyos nombres no me acuerdo. Inclusive mientras escribo estas líneas, a mi memoria vuelve aquel lejano olor. Olor a hospitales. Me es familiar este olor. Lo puedo distinguir entre muchos. Es el aroma de mi madre cuando regresa de su trabajo como enfermera en el hospital del pueblo. Cuando era pequeña protestaba por la ausencia de mi madre. Me agarraba a ella para que no me dejara sola. Introducía mi rostro entre su ropa, y así inhalaba aquel olor. Me desconcentraba y a la vez me tranquilizaba y sentía que el mundo estaba lleno de calor y paz.

² Yo soy la abuela de la narradora. Aunque no soy la abuela biológica porque yo era estéril y escogí una segunda esposa para mi marido con la intención de que le diera hijos. Cada vez que daba a luz a un niño yo lo apadrinaba. Soy la hija mayor de un *Caíd de Chawiya*. Vivía feliz. Nací en 1898. Es una fecha acrisolada por mi memoria infantil. A los diez años, jugaba con mis amigos; nos tomábamos de la mano y formábamos un círculo mientras dábamos vueltas recitando una canción que no conocían más que los mayores “luna, luna alumbra... *Mulay Abdelhafiz* (Rey de Marruecos en aquella fecha) vendió el país a los extranjeros”. Era la época del protectorado en Marruecos. Conviví con cinco reyes y sobrepasé los cien años.

contrario de aquella estúpida vidente que nos visitaba sin previo aviso, y empezaba a eructar antes de desplomarse en el suelo, golpeaba con sus brazos y daba patadas cediendo paso al demonio para que irrumpiera en ella. Se ponía en trance, imploraba sumisión e fumigaciones, y con voz varonil violenta repartía predicciones entre las mujeres presentes que las recibían torpemente cual si hubiera una misteriosa energía que uniera sus vidas a esas mismas predicciones. Después de la visita de la vidente, la mayor parte de los problemas caían sobre los hombres.

La abuela era una mujer fuerte y llena de vida, no dudaba en utilizar cualquier recurso para dominar a todos los miembros de la familia. Aunque murió hace tiempo, permanece presente entre nosotros, contamos sus cuentos, evocamos sus costumbres y descubrimos sus inacabables secretos. No era muy linda, pero le envolvía un aura magnética que le perseguía por todas partes; un aura que paralizaba a todos los que la rodeaban. Nadie se atrevía a hablar en su presencia, ni oponérsele. Un personaje como ella es natural que despertase la envidia y el rencor de las mujeres. Murmuraban a su espalda y afirmaban que sus poderes, para curar, interpretar los sueños e influir en todas las reuniones donde se presentaba, provenían de su cinturón elaborado con la piel de una serpiente muerta; una especie de serpiente que adormece a su presa antes de matarla, además de los poderes mágicos que escondía en una cinta cosida con lezna y que envolvía su cabeza como adorno.

Para afirmar que estaba poseída por los diablos, decían que cuando ella entraba en una reunión balbuceaba conjuros en lengua *hassani*, lengua de los saharauis. Cuando hablaba, las palabras abandonaban sus labios tejiendo delgados hilos alrededor de las presentes*³.

Personalmente, aún me encuentro con ella entre sueño y sueño, sentada bajo las ramas de un eucalipto, el mismo árbol donde se quedó colgado mi pañal cuando era niña; cuando toda la familia se distraía, y yo rodaba hacia el río que me iba a arrastrar hacia el abismo. Mi abuela no dejaba de recordarme que debía mi vida al árbol y a los muertos.

Al caer enferma durante meses, me quedé paralizada, perdí el apetito y los médicos no tenían la esperanza de conseguir una cura. Mi abuela estimaba que el alma que me habitaba no me pertenecía, puesto que alguna diablesa se aprovechó de la ausencia de mi madre cuando se iba al trabajo dejándome sola,

³ Lo que las mujeres de la familia contaron sobre mis poderes extraordinarios era exagerado. Yo era la más inteligente entre los hijos del Caíd que eran 40, la mayoría de los cuales eran hijos de esclavas. Mi madre era una de las cuatro esposas oficiales y libres. Los ulemas de la “*zauia*” de la *Kasbah* me enseñaron las ciencias de la religión, y los esclavos traídos desde el centro de África me enseñaron la medicina a base de plantas, la sangría y el cauterio.

La historia que cuenta que yo llevaba un cinturón elaborado con la piel de una serpiente para protegerme, no era más que una conspiración de las mujeres de la familia. El cinturón era un regalo de la *Chija Aicha Bent Wakid*; me lo regaló durante su última visita a *AlQasbah* antes de retirarse; porque yo era la única que le invitaba en mi Alcoba y le respetaba. Las demás mujeres la tomaban por una fulana. Yo aprendía de memoria sus poemas y le consideraba una de las mejores voces del cante “*Aita*”.

Uno de sus admiradores elaboró para ella un cinturón de cuero de serpiente. Era solamente como adorno.

y me cambió por su bebé enfermo. No es costumbre que los diablos rapten criaturas hembras – afirmaba la abuela- sino a los varones, por eso las mujeres que perdían sus hijos con frecuencia ponían pendientes en las orejas del recién nacido para confundirlos.

La abuela ordenó que me llevaran al santuario de un conocido santo que curaba a los niños y que me dejaran sola una hora en una zanja cerca de la tumba. Al regresar me encontraron sonriendo y saludando con la mano. Me había curado. La abuela explicó que la diablesa me había devuelto por intervención del santo.

Mi madre, que era enfermera, no creía en los hechos sobrenaturales y muchas veces se burlaba de ella.

Raramente repetía el mismo sueño, salvo aquel que estaba estrechamente ligado a mí desde la infancia:

(Soñaba volar en el cielo inmenso sin alas. Allí arriba permanecía sin que nadie me viese.)

Un sueño normal que todos los niños soñaban, creía yo. Debí habérselo preguntado a mi hijo antes, cuando estaba aquí, de pequeño. En cuanto a mi hija, nunca tuvo sueños o quizás los olvidaba ¿Mamá a donde vamos cuando dormimos?, siempre me preguntaba.

¿Cuántas veces abrí el cerrojo del sueño y entré en esta casa? No lo sé, solamente recuerdo que cuando lo soñé por primera vez, era al principio de la primavera. Tenía dieciséis años y el limonero de nuestro jardín florecía.

Es un plazo de tiempo suficiente para que el hombre se olvide hasta de su propio nombre.

El sueño empezaba como recortes dispersos, escenas incoherentes e incompatibles que requerían gran esfuerzo para ordenarlas y darles sentido, antes de que se cambien, con el tiempo, en un sueño completo que se clave en la memoria con todos sus detalles y con simples diferencias.

Después de morir dos veces, el mundo imaginario se enredó con otro desconocido, y así divagó la mente entre ambos.

Durante el sueño, una parte de mi conciencia permanece consciente de que estoy soñando. Con fuertes ganas deseo escapar a mi primera vida, durante la cual añoro a la segunda. Y así en adelante. La añoranza sigue en vigor; pero mis emociones siguen sin pertenecer a ninguno de ellos.

[...Mis cabellos están empapados, mi pijama también. Tiemblo de frío. Me sacudo el agua y caen las flores de mi pijama. Paseo mis ojos por todos los lados.

Lobreguez.

Minutos que parecen horas antes de acostumbrarme a la oscuridad. Oscuridad azul, cual aparece en las escenas cinematográficas nocturnas. Encima de mi cabeza una ventana. De entre las fisuras del vidrio roto se filtra la luna llena, que produce manchas de luz sobre el suelo y la pared. Con

dificultad acondiciono mi vista a la tenue luz y vislumbro los límites del lugar donde me encuentro.

Se completa la imagen. Un estrecho cuarto. Techo bajo y un poco abovedado. Un fuerte olor a rancia humedad. Muchos cacharros tirados acá y allá. Si no me equivoco es un desván.

Esforcé los oídos, tratando de escuchar. Nada. Profundo silencio excepto el sonido rítmico de mi pecho como si fuera el repique de una campana.

Miedo. Espanto.

Intentaba caminar, pero me tropecé con restos de juguetes rotos y una silla desvencijada; la arreglé y subí encima de ella. Confusamente, abrí la ventana, saqué mi cuello por ella. Comprobé que el desván se encontraba en la segunda planta de una casa grande. La azotea estaba adornada con tejas rojas. El reflejo de la luna sobre la faz del agua traslada la vista a una piscina situada en el centro de la casa grande. Hace bochorno.

Seguro que esta casa está situada en alguna calle, en un barrio, en algún espacio o tiempo.

La tranquilidad de las calles, la ausencia de circulación y el ruido de aviones volando muy bajo indican que el barrio está ubicado cerca de un aeropuerto, en las cercanías de la ciudad. Todas las residencias colindantes son chalés o viviendas bajas. Uno de esos barrios lejanos y opulentos, donde normalmente viven los que huyen del mundanal ruido y de las miradas curiosas de los pobres

Desde lejos, una larga hilera de luces de coches que avanzan en esta dirección. La densidad de la iluminación indica que cruzan un camino estrecho o un puente. Desde una altura de la casa, y en paralelo con la línea de coches, viviendas entrelazadas y postes de luz reflejan la claridad sobre la superficie del agua. ¡Quizás la ciudad se ubique entre dos cauces o en el encuentro del río con el mar! Huele intensamente a mar. Mucha humedad.

A la distancia de un kilómetro, un neón parpadea. Granos de luz azul y roja se esparcen delante de mis ojos, formándose luego una palabra en castellano: “Taberna”, es un establecimiento público, de carácter popular, donde se sirven y expenden bebidas y, a veces, también comidas.

Todo lo que queda del espacio vaga en la oscuridad.

Mordedura de frío. Debo calentarme, secar mis cabellos por lo menos. Me bajo de la silla.

Pero... ¿Qué hago aquí? ¿Cómo llegué? La puerta del desván está cerrada. ¿Por qué estoy mojada mientras que afuera hace buen tiempo?

Mi cuerpo está ágil, como si no fuera mío. Lo palpo pero no lo siento. Alguien me sustituye, anda con mis pies. Lo único que reconozco es mi conciencia o por lo menos una parte de ella. ¿Pero debo fiarme de mi conciencia sin mi cuerpo?

Me entraron dudas mientras evocaba una conversación, probablemente con un medico:

-Por favor, no dejes de tomar el medicamento Deroxat durante por lo menos un año. No descuides tu estado mental. Cuando se para el corazón y la respiración al mismo tiempo -aunque sólo sea algunos segundos- el cerebro pierde confianza en el corazón, siente miedo de que le traicione, le abandone, y viceversa. Esa desconfianza compartida cansa a la psicología del enfermo más que la coagulación sanguínea...

Quise preguntarle, en broma, ¿y si la infidelidad es compartida? Antes de que formase mi pregunta, se me adelantó con voz seria:

-Te advierto por tercera vez... Si no sigues mi receta, búscate un nuevo medico en quien confíes, puesto que hablamos de confianza.

Ahora y como nunca, me di cuenta de que los órganos tienen una relación confusa y complicada. Cumplen una única función mientras actúan conjuntamente.

Desconfié de mi propia conciencia. Escudriñé en derredor mío con el deseo de encontrar una prueba que ratificara mi lógica presencia y la de la casa.

Cual un rayo de luz en esta oscuridad, me acordé de haber olvidado el evento más importante de mi vida.

El corazón dejó de palpar dos veces. Entonces, viví tres vidas. La primera duró cincuenta años y seis meses, la segunda tres días ¿y la tercera? ¿Acaso esta es la tercera? ¿Quién argumenta que mi presencia en esta casa es una vida y no una muerte?

¡Uff! Estoy llena de fatiga ¿Estoy enloqueciendo?

A pesar de la anestesia y la pesadez en los miembros, aun conservo la mirada lúcida. Al otro lado mi memoria era visual; mi único apoyo para evaluar las cosas y las personas. No me olvido de un rostro que haya visto o una escena o una imagen. Me olvido de los nombres y de los números; incluso de una novela que haya leído y el nombre del autor, pero no de la cobertura del libro. El olfato viene en segundo grado. Luego lo que se asemeja al sexto sentido que he heredado de mi padre y él a su vez heredó de la abuela junto a la coagulación sanguínea que fue la causa de todas sus desgracias.

Mi padre afirmaba hablar con otras personas a distancia sin mover labios; o descubrir un arroyo subterráneo con un estremecimiento de su cuerpo.

Actualmente, todos mis sentidos están paralizados.

De un solo vistazo a las cosas y desechos dispersos a mi alrededor en este desván, puedo leer la historia de esta casa y sus habitantes. Una pequeña bicicleta roja con tres ruedas, un avión de papel, un caballo bien tallado de madera de limonero, coche de niños sin ruedas, muñecas desvencijadas, no hay ninguna completa, incluso las que están hechas de cerámica. Vivían niños en esta casa, uno de ellos por lo menos no era normal.

Yo era pequeña, cada vez que mi madre me regañaba o cuando me preocupaba o pedía algo, me refugiaba en el desván creyendo que era el único lugar cercano a Dios. Los desvanes son los márgenes de una familia al completo.

Me gusta comparar la papelera de un escritor con el desván. Es su verdad y su mundo sin maquillaje: Restos de artículos inservibles, cartas sin terminar, poemas inconclusos.

Con un placer que me es familiar, siguieron mis manos exhumando los contenidos y escrutándolos bajo la luz de la luna. Un bañador de mujer como los de las películas en blanco y negro, igual que la mini falda que hoy en día visten las jóvenes, un tablero de ajedrez falto de piezas, un proyector y una caja de plástico conteniendo trozos de fotos de color sepia sobre una mesa de madera; parece que ya no funciona.

Luego, un zapato negro brillante con tacón alto y muy afilado. La moda de los años sesenta.

Sonreí ante el recuerdo.

Durante el sueño, sólo la memoria queda despierta, va y viene; evoca los sucesos de la realidad mientras graba los del sueño.

Era el primer zapato que me había gustado calzar, aquel zapato negro brillante con tacón alto metido en un rincón del armario de mi madre. Cada vez que le veía limpiarlo con esmero, sabía que se anunciaba (una boda, una circuncisión o un bautizo). Ninguna mujer de la familia o del barrio tenía uno igual. Mi madre lo compró en Fez, la ciudad del progreso y la elegancia en aquel entonces.

Tenía seis años cuando me atreví y abrí el armario secreto. Abracé el zapato. Con fascinación, manoseé su brillo y puse mis pies en su delicada piel. Dando unos pasos hacia adelante, perdí el equilibrio y me caí sobre el borde de la cama. Era una travesura inadmisibile para mi madre. Me regañó hasta hacerme llorar, pero después de calmarme, me pregunté ¿porqué estos zapatos altos repletos de aventuras le encantan a mi madre? Si no fuera por aquel brillo seductor, el zapato hubiera sido un trozo de piel corriente, que cansa y huele mal. Lo más gracioso es que mi pequeño hermano –actualmente tiene cuarenta años- aun guarda una huella del zapato en su cabeza a causa de una riña infantil por un juguete. Cuando el zapato perdió su valor con el cambio de moda, fue trasladado al desván, y luego vendido con los deshechos.

Cerca de la puerta, a la derecha, había una linterna colgada de la pared al alcance de la mano. Presioné sin querer sobre su pulsador y la luz alumbró toda la pequeña habitación. Aquella linterna servía para la montaña o el desierto. Las sombras desaparecieron. La calidez y la paz colmaron el espacio. Vislumbré unos electrodomésticos desechables, botellas vacías, chubasqueros, biberones de vidrio, cortinas desgarradas, ropa usada de niños y mayores de diferentes tallas.

En un rincón alejado, había una silla de ruedas semi oxidada, en frente una mecedora muy antigua fabricada con caña de ratán natural que aun sirve; le quité el polvo con un trapo y me senté relajadamente. El frío y el fuerte olor a podrido me debilitaron. Cerré los ojos.

De repente, la silla se sacudió, estuve a punto de caerme al suelo. Me puse de pie apresuradamente chocando la cabeza con el techo. Perdí el equilibrio y me apoyé sobre el muro frío.

Depresión, alguien comprimía mi corazón. Nauseas y ganas de huir de aquel lugar.

Un peligro se acerca.

Debo despertarme ahora.

Mi voz repite dentro de mí: Agua, quiero salir, volver, vivir, despertarme...

Mi memoria vuelve atrás, a un profundo abismo vacío donde las imágenes se entrelazan y los sentimientos se entremezclan:

-(¿Qué ocurrió? ⁴

-Hipertensión arterial.

- ¿Cómo ocurrió?

-No sé, estaba dormida y de repente gritó.

Un barullo en el pasillo.

Emergencia en la cama número 1.

Muchedumbre en la habitación, voces lejanas se entrecruzaban. Batas blancas rodeando la cama.

-Esta mañana su situación estaba estable ¿Qué ocurrió? ¿Se ha movido?

-No lo sé Doctor.

Chasquido.

Una mano fuertemente presiona sobre los costados.

-¿Cómo se llama?

Una bofetada

-¡Señora, no duerma!

Otra bofetada

-¿Está muerta?

Primera descarga eléctrica

Otra, se está yendo.

Segunda descarga

El sonido del choque de un aparato frío con la carne tierna

Tercera descarga.

Espiración, y se reanuda la palpitación del aparato, signos vitales.)

⁴ Siempre la vida me provocaba sin razón alguna, y yo le demostraba terquedad. Mi corazón estaba hartado de ella y empezó a brotar sangre pesada. Moría algunos instantes y otras huía, vagaba en los corredores de la muerte y luego regresaba. Mandaba un mensaje a la vida: Tú no eres todo en la vida, no puedes someter el destino de los demás. Existe algo más poderoso que tú: la muerte. Esto era lo que me aliviaba y me daba calor, paz y la fuerza para enfrentarme a las descargas eléctricas rechazando la vuelta. Pero cuando la vida te odia no te deja marchar, te conserva para que sufras más.

La debilidad de mi cuerpo era anormal y me impidió ponerme de pie sobre el suelo. Debo llegar al baño. Esta gran mansión debe tener más de un baño y grifos. Debo enjuagarme el rostro con agua fría para despertarme y que termine esta pesadilla.

Recuperé mis fuerzas y me incorporé sin dejar de desconfiar. Abrí la puerta. Bajé las escaleras. Eran exactamente las cinco.

La luz de las velas bailaba delante de mis ojos. Hace unos días cumplí cincuenta años.

Luego, una sala rectangular...

Me quedé inmóvil.

Un fuerte sonido del teléfono perfora el silencio. Mis ideas se dispersan. Después de más de cuatro timbrazos, una voz somnolienta. Una voz masculina:

-Me has despertado. Ya sabes que me he tomado un somnífero a las diez y enseguida duermo.

Silencio.

- No te preocupes, a las once estaré en el aeropuerto.

- (...)

- Claro, debo anular las citas de la mañana... Así eres siempre, fijas las citas según tu propio programa, olvidando que soy un medico y tengo mis pacientes.

- (...)

Y con ímpetu:

-Te dije que estaré esperándote aunque no sé cómo complacerte. Decides sola o te disculpes a última hora.

Un fuerte golpe del auricular interrumpió la conversación.

Y volvimos al silencio

Escalofrío, ¿Es creíble?

Cual si hubiera escuchado esta voz antes, una voz lejana, pero no extraña. Una voz fuerte y autoritaria. Y ese acento francés, y esa pronunciación enfática de la erre, como la pronuncian los españoles, nunca se olvida.

¿Cuándo oí aquello y dónde?

Cual el eco, evoqué una conversación:

(-Perdone, señora, ¿entiende árabe? –me preguntó el que viajaba a mi lado en el vuelo Paris/ Omán, mientras contemplaba mi rostro y el libro que yo tenía en las manos.

-Sí –murmuré.

El hombre me entregó un papel con la dirección de un hotel.

-¿Tiene alguna idea sobre dónde está este hotel?

Contemplé la dirección. Había poca luz. Moví la cabeza en señal de negación. El placer de la lectura y el deseo de regresar a “Arboles de invierno” de Sylvia Plath, no dejaban lugar a más preguntas, incluso ni a ver los rasgos de aquel hombre.

Luego añadió como si estuviera conversando con su acompañante:

-Puesto que somos extranjeros, seguro que los taxistas aumentarán el precio. Lamentablemente nadie nos aguardaba. Íbamos a ahorrar.

Siguió charlando hasta que aterrizó el avión.

Esperando el equipaje, la misma voz me preguntó:

-¿Crees que la tarifa es fija desde el aeropuerto hasta el centro de la ciudad?

Luego señaló al hombre que me estaba esperando.

-¿Puedes preguntarle?

Enfurecida por tanta insistencia, contemplé su rostro. Tenía una ancha cicatriz en la parte izquierda de la frente.

Odio los tacaños.

Groseramente le contesté:

-No, él no es de Omán y me fui corriendo.)

Como si me hubiera familiarizado con la voz y el lugar que dieron legitimidad a mi presencia en esta casa, crucé la sala. Todas las puertas estaban abiertas de par en par. Entré en la primera habitación que estaba a mi derecha. Una habitación muy estrecha cual un armario oscuro. Por el olor fuerte a alcanfor y los vestidos colgados, supe que era un vestidor donde durante el invierno se guardan las ropas de verano y viceversa. ¡Ojala pudiera encontrar un abrigo de lana! Sentía frío cual si hubiera un trozo de hielo en mi vientre que repartía su escarcha al resto de los miembros, y las venas se transformaban en hilos azules dibujando mapas sobre mi piel pálida. No me acuerdo donde he leído que el frío proviene del color azul.

Me retiré enseguida.

Siempre a la derecha. Una amplia sala con una sola ventana que daba sobre el patio y la piscina. Debajo de una cama individual había una fila de zapatos de deporte y esquí. Un clásico mobiliario escolar, una mesa en cuyo centro había un agujero para el tintero y sillas como las que había en la clase donde estudiaba en los años sesenta. En una pequeña estantería había revistas de ciencia ficción, tres copas de bronce, fotos aquí y allá de un joven delgado de entre dieciséis o dieciocho años con tez pálida y nariz sobresaliente. En una montaña cubierta de hielo que intenta saltar; sobre una moto acompañado de una joven; en un escenario con vestimenta de esquí recibiendo un trofeo y en una manifestación llevando una pancarta contra la guerra de Vietnam.

Un armario de pared contenía ropa de invierno, sobretudo ropa de esquí, guantes de béisbol, juegos electrónicos pasados de moda. De las paredes colgaban posters de cantantes, de entre ellos reconocí a los Beatles y un afiche tamaño de la pared, de Bob Marley. En otro poster de tela roja estaba bordada de negro en su centro la foto de Che Guevara.

Un apunte pegado sobre el marco superior de la estantería que contenía un dibujo de corazón rojo y una dedicatoria: “A Paul con mucho amor”.

El cuarto rosa de enfrente era más pequeño. Todo era de color rosa: las paredes, las sábanas, la mesa, las sillas y las cortinas de la única ventana que daba sobre el exterior. Las persianas estaban abiertas dejando paso a las ramas desnudas de un cerezo japonés. Únicamente las vidrieras de las ventanas estaban cerradas por donde entraba la luz de la luna y se dejaba ver la parte trasera del jardín.

Sobre la mesa estaban apilados cuadernos, sobre la única estantería había libros escolares, novelas de la serie “Harlequin-azur” y una sola foto de una joven de catorce años vestida de blanco y cintas de color rosa tocando el violín sobre el escenario de un teatro.

Una cómoda con tres cajones sobre la cual se distribuían muñecos de tela y paja vestidas con ropa tradicional. Parecían regalos adquiridos de diferentes países: México, China, India, países árabes..., alfileres y cintas de pelo de varios colores.

En la estantería, estaba colocado cuidadosamente un pequeño violín.

Del mismo tamaño y casi los mismos muebles, había otra habitación cuyas paredes estaban pintadas de color azul celeste. Los juguetes eran diferentes de la anterior habitación: Osos, perros, conejos de lana metidos en una cesta de bambú. Puzzles, lápices de colores, una fila de zapatos pequeños y entre ellos unos patines. Fotos en cuadros de caña de una niña desdentada riéndose en brazos de Papa Noel. Sobre una cómoda lateral había una bola de cristal en cuyo interior había un Papa Noel llevando regalos en una mano y en la otra una escoba de paja. La moví y se esparcieron las bolitas de nieve. Sonreí. Conozco este juguete.

Gracias a los cuadernos pude saber los nombres: la dueña de la habitación rosa se llamaba Nicole y la de la habitación azul celeste se llamaba Elene, es la pequeña.

Todas las habitaciones, incluso los baños adyacentes, estaban bien ordenados; si no fuera por la ligera capa de polvo, hubieran parecido recién abandonadas por los niños.

Esto es lo que me dije a mí misma en el sueño.

De vez en cuando, las paredes me devolvían el eco de una fuerte tos, también el sonido del agua del grifo, el tecleo de la máquina de escribir y el aullido del perro en el jardín.

¿Cuánto tiempo he pasado aquí? ¿Qué hora es? ¿Acaso es el alba?

La curiosidad vencía al miedo y me llevó hacia un pequeño pasillo como un agujero en la pared. Bajando tres escaleras me encontré en otra sala más amplia, ¿O era un balcón? Las tres paredes estaban cubiertas por una estantería de hierro donde se apilaban libros y la cuarta era un separador de ambientes de madera que daba directamente sobre el salón. Era un añadido fútil.

Me extrañé. Habitualmente las bibliotecas de las casas se encuentran en un lugar cerrado, tranquilo, lejos de cualquier movimiento y no en un balcón

colgado sobre un salón. Las bibliotecas tienen su propia intimidad, igual que los dormitorios.

*En el centro había un amplio escritorio de madera de alnus. Todos sus cajones estaban bien cerrados salvo uno, arrancado con fuerza. El polvo cubría la parte antigua de la biblioteca. Un estuche fabricado con la misma madera, una mina de lápiz vacía, lápices, grapas, grabadora, máquina de escribir que le faltaban unas teclas, billetes de viaje, servilletas usadas, un cenicero repleto de colillas, un cráneo humano repintado, una estatuilla de Sigmund Freud, un estetoscopio, un fajo de papiro cosido manualmente, que parece una pieza única fabricada en Egipto y un manojo de viejas recetas médicas con el nombre de Juan Rodrigo Omeya*⁵, psiquiatra, licenciado en la Universidad de Montpellier.*

Sobre la mesa, un dibujo sin terminar o un bosquejo con lápiz de una mujer desnuda, muy delgada, cuyos omoplatos se dibujaban con detalle.

Sentía ganas de estornudar, me reprimí. Parece que las polillas invadieron estos libros amarillentos.

A primera vista, contemplando los libros de diferentes contenidos, parecían haber sido reunidos por distintos personajes de diferentes generaciones: había una fila de diccionarios en francés, latín, español, inglés, hebreo, árabe, persa y alemán. Un coctel de idiomas vivos y muertos. Diccionarios y libros de medicina que se remontaban a la edad de oro árabe en Al Ándalus y otros contemporáneos. Una parte de la biblioteca era sólo para libros de psicología, la mayoría eran de Sigmund Freud tales como “La interpretación de los sueños”, “Introducción al psicoanálisis”. También había libros pertenecientes a uno de los discípulos de Freud, como Carl Jung, y otros de psicología contemporánea.

En la estantería inferior había novelas policíacas de la famosa serie francesa “Serie noir”, la mayoría eran de los años sesenta. Volúmenes encuadernados de la revista científica “Science et vie” con la misma fecha de edición.

⁵ Yo soy Juan Rodrigo Omeya. Realmente somos cuatro, quizás más. Nos alternamos en llevar el nombre de un hombre fallecido desde hace un siglo. No hay nada que afirme que haya sido su nombre real excepto la lápida de una tumba colindante a la del músico *Robert Schuman*, en el centro del antiguo cementerio de Bonn. Hemos repartido la edad del hombre entre nosotros sin previo aviso. Cada uno recibió una parte de su vida, y al mismo tiempo, cada uno - los cuatro- tiene un argumento para camuflarse. Pero nunca se debe confiar en un pseudónimo. Supongamos que yo soy Juan I. He tomado este nombre para disuadir a los agentes de la C.I.A. Dicen que yo era un doble espía durante la guerra fría. Nací en la región de *Kbaïel* (Argelia) donde mi padre trabajaba como cartero en el ejército francés. Durante la independencia, la familia se trasladó a Francia cuando yo tenía diez años. He trabajado en varios hospitales y fui miembro de la asociación de “Médicos sin fronteras”, así viajé a distintos países y continentes. En circunstancias misteriosas, mi mujer se escapó y mis tres hijos fueron asesinados. Yo, he acabado en un psiquiátrico, en el Sur de España. Identidad desconocida.

A mi espalda percibí unos suspiros. Había alguien vigilándome. Me había entumecido. Con precaución me di la vuelta. Había dos relampagueantes en la oscuridad.

Existen sentimientos previos que nunca nos abandonan aunque estemos soñando mientras dormimos, tales como el miedo continuo de ser observados por los demás. El miedo despertó mi parte consciente y me dije: - No temas, no es más que un sueño. No eres tú. Es otra persona que estaba en el desván, bajó las escaleras, paseó por las habitaciones y entró en la biblioteca. No tienes nada que ver con la actual escena. No te metas dentro aunque con tus sentimientos, es posible que te pierdas y será imposible que regreses.

Iluminé con mi linterna unos ojos. Un perro, no, una perra negra sentada tranquilamente. ¿Cuánto tiempo llevaba a mi lado? ¿Por qué no ladró al verme? ¿Está ciega? Pero sus ojos me seguían hacia donde iba ¿Acaso me conocía? Es posible que no fuera realidad, o quizás fuera yo quien no era una realidad para ella. No es posible que sueñe o imagine un perro desde que aquel episodio que ocurrió en mi infancia. Prefiero los gatos.

Mi padre era un aficionado a todas las razas de perros. A primera vista podía reconocerlos. La última que compró era de raza yuki. Durante el invierno dormía en el sótano, mientras que en verano dormía al lado del pozo; pero todas las noches se colaba a través de la puerta del barracón provocando un enorme ruido y luego regresaba acompañada por varios perros callejeros. La velada continuaba repleta de aullidos compartidos disputando la única hembra que había. Mi padre la ató a una valla del jardín porque consideraba que la raza de su perra era noble y no debía mezclarse con los demás perros. Sus aullidos de protesta despertaban a todos los habitantes de la casa e incluso a los vecinos.

Nos enfadamos.

La perra recuperó su libertad, y luego mi padre descubrió que estaba preñada; pero una fuerte herida en su cabeza no le permitió esperar hasta dar a luz. Sufría demasiado dolor y gemía igual que los humanos. Mi padre cogió su escopeta, la acarició mientras que la perra se rendía. Le disparó en la cabeza. Es una escena que nunca pude olvidar. Tampoco tuve respuesta a mi pregunta: ¿Mi padre mató la perra para castigarla o por piedad hacia ella?

La perra que estaba a mi lado se puso de pie esperando algún movimiento de mi parte. Se rascó, olisqueó el suelo hasta llegar delante de mis pies y después se dirigió hacia las escaleras. La perseguí mientras se introducía a través de una puerta entornada de una habitación semi iluminada con una lámpara cercana a la cama.

Un hombre durmiendo. Llevaba una máscara de oxígeno sobre su nariz. Se agitaba en la cama como si fuera un hombre condenado y no encontraba la paz.

A veces abrazaba la almohada, la alejaba y otras la ponía sobre su cabeza. Hablaba confusamente y gritaba con una mezcla de francés y árabe:

-Mamá, mamá ¡Socorro, malditos... dejadme!

Lanzaba puñetazos y puntapiés en el vacío, ajustaba el pantalón de su pijama hacia arriba, se acurrucaba, pegaba sus piernas con el pecho, y pronunciaba en español: -¡Socorro, madre... dejadme!

Cubría su trasero y con sus pies pegaba a alguna sombra violadora.

Los gritos duraban unos segundos. Se tranquilizaba. Reconponía su máscara de oxígeno.

Semidormido con ojos entornados. Le contemplaba desde lejos.

Un personaje como éste en una casa como ésta ¿Cuál sería el nombre apropiado? Según mis conocimientos lingüísticos, ensayé algunos nombres árabes tales como Mohamed, otros en español como Antonio y en francés Daniel...

El hombre se encaminaba poco a poco hacia la puerta, con voz baja y sin asombro hablaba con la voz velada:

-¿Qué haces aquí, aun no has dormido?

De nuevo se repetía la escena. Un hombre solitario, como un condenado, que abrazaba sus pesadillas y dormía...]

Suena el timbre de la puerta. Intento recuperar mis decaídas fuerzas, mi lucidez. Me levanto para abrir la puerta de la casa. Son las ocho de la mañana. A esta hora llega la asistente.

PASEO DE FLEURUS

*Barco sin marineros, cuando atardezca
¿A dónde me llevarás?
Yannis Ritsos*

El tiempo estaba cálido y húmedo. Era el doce de julio, el día de mi llegada al aeropuerto de Orly. No estaba acostumbrada a París con este clima. La mayoría de mis visitas a esta ciudad eran en invierno o en primavera.

¡Oh París! No reconozco sus rasgos veraniegos, como si no nos reconozcamos, que no fuéramos amantes, ni su lluvia fuera bálsamo para mis heridas. Si lloviera un poco recordaría. No le recuerdo otro regazo más que el agua, ni otra cobertura más que la niebla. Su calor húmedo asfixia los recuerdos.

Escribí algo sobre el embrujo de esta ciudad, otros también. La quisieron seducir para poseerla, pero en vano; París sigue siendo la ciudad escurridiza y rebelde.

-¿Es un día apropiado para ir al hospital? – Se preguntó un amigo que se presentó voluntario para acompañarme al hospital Salpêtrière - El catorce de Julio es día festivo, comidas y bebidas nada más.

-Es un buen augurio. Esto quiere decir que las pruebas del chequeo serán positivas.

Existen algunos rituales antes de dirigirse a un hospital, límpiame bien, limpia tu alma, puede que entres con tus pies y salgas en un ataúd. Esto ocurre sobre todo en los hospitales de Marruecos. Come bien porque nada más entrar empieza a extraerte sangre.

Debes de llevar una maleta que contenga un cepillo de dientes y perfume. El olor a medicamentos provoca náuseas, un solo pijama es suficiente. Cada día te ofrecen ropa nueva, el color rosa para las mujeres y el azul para los hombres. En la unidad de cuidados intensivos te permiten una gorra para taparte la cabeza. Y no te olvides de un bolígrafo y papel blanco, porque nadie registra tu muerte más que tú.

El camino hacia los hospitales es siempre lúgubre y pesado, pero en París se siente menos, sobre todo en un día como el catorce de julio mientras se esconde París, la ciudad romántica para convertirse en militar.

Antes de llegar al *Boulevard de l'Hôpital*, pude ver a través de la ventana del taxi las fachadas de los inmuebles, bibliotecas, cafés, barcas en el río Sena adornadas con la bandera francesa y luces de diferentes tamaños y colores. Había aglomeración delante de la estación de metro, gente regresando en grupo de los Campos Elíseos, niños hondeando pequeñas banderas y algodón de azúcar.

Aquel día, no dejó de llover, estorbando el desfile militar y acallando el ruido de los aviones. Es el día de la revolución, el orgullo de todos los franceses. En mi interior se repetía la voz de *Edith Piaf* como fondo de aquellas escenas únicas:

*Padam... padam... padam...
Des "je t'aime" de quatorze-juillet
Padam... padam... padam...⁶*

Después del proceso de ingreso en el hospital, una enfermera jovial me llevó a una habitación individual. Había una sola cama, una mesa y un baño privado. Una toalla y una pastilla de jabón baratísima. El olor a medicamentos impregnaba el aire. No había más que una sola iluminación en este lúgubre paisaje. Un árbol se asomaba tímidamente de una ventana que a su vez se asoma sobre un patio exterior en cuyo centro había una maceta de flores.

Me he burlado de mí misma. De tanto estar en las habitaciones de los hospitales, ahora observo sus contenidos y los comparo, en vez de interesarme por la calidad del tratamiento y la calidad de los médicos.

A pesar de las diferencias, todas las habitaciones son blancas, abiertas a todas las probabilidades de vida o muerte. Pero yo nunca me olvido de la primera habitación donde estuve cerca del deceso.

Aquella noche, la muerte no era blanca tal como lo es ahora, sino roja, color de sangre que llenaba un recipiente tras otro y manchaba las sábanas y las batas blancas de los médicos. Yo navegaba en una tela de algodón suave y caliente que me llevaba lejos. No oí el primer grito de la recién nacida y salida de mis entrañas; controlaba un canje entre la vida y la muerte, un canje que requería un alma a cambio de otro.

Aquel canje se resolvió al alba, cuando el médico apagó el aparato que estaba a mi lado y quitó la cortina de la ventana dejando paso a un hilo de luz – buenos días señora, has nacido de nuevo, Dios te ha ofrecido otra vida- me dijo el médico.

No me alegré entonces, porque estaba segura de que cualquier cambio en la naturaleza o en el destino, acarrearía necesariamente una vida falsificada.

Llaman a la puerta.

Entró un hombre rubio y alto. Elegante, con clase. Creía que era un médico.

-Soy Jean Pierre, me ocupo de la alimentación de los pacientes- se presentó el hombre- ¿Eres musulmana, verdad? – me preguntaba mientras miraba un expediente que llevaba en mano.

-Además de algunas verduras que contiene vitamina K, la carne de cerdo y sal ¿puedo saber qué te apetece comer?

-Como de todo, solamente con un poco de sal.

⁶Canción de Edith Piaf. "Padam Padam ... Padam De "Te amo catorce de julio... Padam Padam ... Padam"

-No es posible Señora. Las indicaciones del médico lo señalan- hablaba con una amable sonrisa.

Tras él entró una enfermera. Su visita alegra la frialdad de la habitación.

Tomó la tensión arterial y la temperatura. Anotó los resultados en el diagrama que estaba al pie de la cama y cogió una muestra de sangre, repartiéndola en cinco recipientes pequeños.

-Marruecos es un país bonito –dijo sin preámbulos- Allí por lo menos no llueve en Julio. A finales de los años setenta, fui con una misión médica a *Ouarzazat*⁷ donde pasamos casi un año. Nos trasladábamos entre aldeas. Teníamos mucho trabajo a causa de la propagación de tantas enfermedades. No tuve tiempo para hacer turismo. La gente vivía lejos de las ciudades. Una vez nos vimos obligados a coser el útero de una mujer bajo la luz de las velas. Se le rompió después de un difícil parto de trillizos. Imagínate, en una choza de barro y caña, sin agua ni luz. Fue una noche inolvidable.

A pesar de la belleza de la naturaleza y el buen tiempo, regresé sin ver de nada más que aquel rostro mugriento. Desde entonces sueño con pasar unas vacaciones en Marruecos. Las ocupaciones, los niños, la familia y el trabajo no me lo han permitido hasta este año. Con un grupo de enfermeras, hemos organizado un viaje a Marrakech para el mes de septiembre. Dicen que Marruecos ha cambiado mucho. ¿No es así?

-Sí, claro, pero no lo suficiente. No en todos los ámbitos y la prueba es mi presencia aquí en este hospital. Tampoco la mentalidad ha cambiado.

-A lo mejor necesitáis un Catorce de Julio con chilaba marroquí- me guiñó el ojo sonriendo.

Mientras me ponía una inyección en el brazo, pude leer su nombre en la placa que tenía en el pecho.

-Gracias *Ermine*- le siguió mi voz agradecida mientras desaparecía por los pasillos.

[...- ¿Cuál es el nombre del árbol?

Se repitió una voz entre los ramos de flores del hospital.

-¿Cuál es el nombre del árbol?

Saltó de la ventana hacia dentro. Se puso a mi lado inclinándose sobre mí como el dibujo de la revelación del mesías en el techo de la Basilique du Sacré-Cœur.

Por detrás del vidrio opaco de la ventana, vislumbré un verde oscuro brotando de entre las ramas.

Susurré algo que no oía.

Me sacudió el hombro y me preguntó por tercera vez:

⁷ Ciudad del sur de Marruecos.

-¿Cuál es el nombre del árbol? Intenta recordar: el nombre del árbol, flor de nuez, el icono de la virgen, la salvia, la orquídea blanca, la Basilique du Sacré-Cœur, la manzana de la tarde...

Dije:

- Despacio, en esta lúgubre habitación del hospital y con el ruido del aguacero que no cesa soy incapaz de recordar más que tu muerte y la mía.

-Ya lo sé. Tu memoria se ha paralizado a causa del miedo.

-No, no, esta vez no. Incluso he gritado: Abrid el ataúd, me vais a encontrar.

-Entonces, acuérdate de Dios y de la vida.

-No he hablado mucho con Dios. No sé si se acuerda de mí si le hablo ahora.

El que tenía prisa, se asomó de la ventana buscando una explicación. Me sacó de la cama y me llevó al borde del abismo.

-No mires hacia abajo. Alza tus ojos al cielo. Aquel astro....

Grité:

-Eres tú, eres tú... Mi alma no puede confundirse.

Enfurecido, me sacudió de nuevo. Y como si fuera un maestro enseñando a una niña a hablar, pronunció con pausas:

-La... vi... da.]

-La cena ya está lista, señora, pero antes debes de tomar tu medicina -me despertó el hombre largo sin ningún sentido.

-Gracias

-La cena es ligera. Lo hemos hecho adrede. Por la mañana te llevarán a otra ala para hacerte un diagnóstico por imágenes PET SCAN. Es mejor que no tengas el estomago lleno. Buen apetito y buenas noches.

[...Me perdí en la oscuridad. Un profundo pozo oscuro sin salida. Hace calor. Estoy sudando aunque me estremece un escalofrío de los pies a la cabeza. ¿Acaso es causa del frío o por el miedo al lugar en que me encuentro?

Fuera sopla el viento. Las ramas de los árboles se estrellan con el techo. Llueve a cántaros.

La misma pregunta: ¿Qué hago aquí?

¿Puedo suponer que es la tormenta la que me ha arrojado a esta habitación, a través de la ventana abierta de cristales rotos? A excepción de mi pijama arrugado y el pelo desordenado, no tengo ningún rasguño en mi cuerpo que indique mi entrada brutal por la ventana.

Me sorprendió no haberme preguntado: ¿Dónde estoy? Porque las circunstancias lo requieren. Esta calma, este leve mareo y esta indiferencia me son extraños. Me conozco alterada, reacciono deprisa y tengo malos presentimientos de la oscuridad y de lo extraño. Rápidamente me enfado y me

pongo a llorar. Me alejo de cualquier aventura, indecisa, pero siempre tomo una decisión.

En este confuso instante, me siento inerte, como si fuera un espectador; como si hubiera terminado la misión de mi vida, mientras estoy aquí asomándome desde arriba sobre otras vidas.

¿Es la vida de aquellos personajes, que yo elaboraba con mi lenguaje poético, las que han regresado y ya habitan en mí?

A veces se me ocurre adornar mis poemas con personajes ajenos a mi mundo. Una vez compuse un poema que trataba de un soldado que volvía de la guerra con una pierna de madera. No me acuerdo del título, pero la imagen poética se me quedó grabada en la mente y la evoco ahora: un hombre dejando su pierna de madera en el umbral de su casa, cada tarde, antes de ir a acostarse. ¿De dónde proviene esa imagen? Escudriño en mi memoria. No logro ubicar en mi memoria un personaje de tales características. ¿Acaso le vi en el sueño y le di vida en mi poema, tal como convierto este sueño en realidad?

En este instante cuando estoy aquí, estoy allá lejos, en algún lugar. Quizás tumbada en una cama o dormitando sobre una silla buscando una salida de este sueño, llevándome hacia otro sueño más confuso.

Antes de ponerme de pie, el tragaluz se ensanchaba sucesivamente y sensiblemente se apretaba sobre mis párpados. Una nube se apartó del camino de la luna y unos hilos de luz iluminaron la oscuridad. Una hermosa luna llena. ¡Lo siento por esta hermosura que Neil Armstrong despreció al estropear aquellas bellas imágenes de la luna! ¡Imágenes elaboradas por los poetas, destruyendo poemas, obras poéticas completas, al poner sus pies sobre la faz del astro! No me puedo explicar porqué los poetas ignoraron –hasta hoy en día- aquellos hechos científicos y siguieron componiendo sus obras maestras sin que su imaginación se estrellase con los satélites durante los viajes de ida y vuelta desde acá hacia allá.

De tanto vivir en la oscuridad, mi vista aprendió a descifrarla. La negrura para mis ojos no es más que una puerta abierta sobre la luz: el mismo desván, en la misma casa, nada ha cambiado, todo sigue igual como estaba antes, incluso la linterna colgada de la pared. Alguien puso en orden mi desorden con un leve cambio de lugar de la mecedora que no quise mirar. Sería mejor no sentarse en ella.

Aún me acuerdo de aquel fuerte estremecimiento de la silla que me hizo perder el equilibrio.

Pero la respuesta aun sigue en suspenso: ¿Qué hago en este desván? ¿De dónde provengo? Tampoco debo olvidarme de la pregunta principal: ¿Cuál es mi nombre y quién soy yo? No soy más que un amasijo de recuerdos y sentimientos.

He decidido aplazar todas las preguntas hasta otro momento, cuando mi mente esté lúcida. Los sucesos y las imágenes se suceden deprisa

impidiéndome la concentración. Me apoyaré -como de costumbre- sobre mi aguda vista para grabarlas. Luego recuperaré las escenas y las analizaré tranquilamente. Lo que importa en este instante es la cautela. No debo despertar a los inquilinos de la casa y la perra. Hasta el momento mi presencia aquí está injustificada.

Había un tremendo silencio, excepto el murmullo de las ramas y el gorgoteo del agua sobre las tejas antes de acabar fluyendo en el arroyo que ocupaba el centro del jardín.

No se oía el ladrido de la perra ni la tos del hombre. No había nadie en la casa. Bajé del desván y paseé por las habitaciones. Me asomé desde la ventana del cuarto del hijo. ¿Cómo se llamaba en el sueño anterior? ¡Ah! Sí, Paul.

Llovía mucho. Las albercas de agua cubrían el patio del jardín y la entrada. La luz de las lámparas amenazaba con apagarse repentinamente a causa del fuerte viento. Desde la ventana de la hija Nicole, pude vislumbrar el jardín bañándose en una densa oscuridad y el cerezo japonés cubierto de hojas. La biblioteca apesta a tabaco y el cenicero estaba repleto de colillas.

El hogar estaba vacío, lo que me animó a descender a la planta baja. Dejando el dormitorio a mi derecha, entré en la inmensa sala que estaba a la izquierda. Puse la linterna a un lado. Encendí una lámpara que estaba cerca de un sofá de cuero rojo colocado en frente de una pantalla, más perecida a una caja de madera que a un televisor.

Había mucho espacio y pocos muebles. Un sofá para tres personas y otro para dos. Una alfombra amazigh de muchos colores, era marroquí sin duda alguna. En el centro había una mesa de madera incrustada con nácar, de fabricación siria o jordana. De la misma forma y de la misma madera, había un armario de ropa, pero esta vez usado para utensilios de cocina.

En la parte inferior había unos antiguos tomos cuyas páginas estaban desgarradas y dispersas. Examiné sus lomos, me extrañé, había escritura en árabe. Eran ejemplares de “Las mil y una noches”. Saqué uno suavemente para que no se deshiciera en mis manos.

Entre las páginas deterioradas, había una tarjeta amarillenta. Una tarjeta de trabajo:

Nombre completo: Juan Rodrigo Omeya ⁸

Profesión: empleado

Fábrica Ferfeshtiguer.

Dirección: 139, Calle Rosentaler, Hakicharmark. Berlín. Alemania

18/06/1943. Firmado por el director: Oto Faydeth.

El retrato era de un ciego. Sus ojos estaban vacíos como dos cuencos.

⁸ Yo soy Juan Rodrigo Omeya numero 2. Utilizo este nombre para huir de la Gestapo. Nací en Baden Baden (Alemania) era médico en Berlín. Desaparecí a principios de la Segunda Guerra Mundial. Veinte años después, apareció un hombre que pretendía ser mi hijo. Llegó a la misma clínica, con la misma especialidad y vivió en la misma casa. La enfermera jubilada que trabajaba conmigo tuvo sospechas. Era idéntico a mí. Es evidente. Pero lo más extraño era que llevaba la misma cicatriz, en el mismo lugar.
Nombre real desconocido.

En este lugar me sentía inquieta, indiferente. La atmósfera en el desván era mejor. Lo que más llamaba la atención en esta sala era el gran tamaño de la chimenea con laterales de bronce pintados con extraños dibujos, la mitad de personas y la otra mitad de animales salvajes. Encima había un candelabro de cobre, un retrato de un hombre de unos ochenta años mirando con dignidad fijamente a la cámara con ojos azules, una nariz puntiaguda y con los brazos cruzados; en uno de ellos se le veía un número tatuado de un campo de concentración. Parece que el hombre conservaba una personalidad fuerte y autoritaria a pesar de su edad.

Pero ¿qué hacía aquí un cuadro de un famoso pintor como Salvador Dalí entre estos antiguos y funestos muebles? Aunque el cuadro era una serigrafía de “la Venus sonriente” llevaba el autógrafo del pintor, lo que le daba mucha importancia, era una fortuna. Me acerqué al cuadro; había una dedicatoria en español escrita con lápiz, que casi no se veía, (A Ermine, con mucho amor). Si no hubiera visitado el museo del pintor en Figueres y visto el original firmado por el mismo Dalí, habría sospechado. Pero ¿quién era esta Ermine que tuvo el honor de recibir unas palabras de amor del famoso Dalí? ¿Cómo es posible que un cuadro de tal importancia estuviera colgado de una pared agrietada y con tantas manchas de humedad?

El único mueble que llevaba la firma francesa en esta sala era la cómoda de cinco cajones, estilo Luis XV. Sobre ella había un gramófono viejo con altavoz de bronce, una decena de discos y muchas cintas de música. Yo había estado escrutando para averiguar el gusto musical de los inquilinos de la casa a fin de conocerlos mejor. La mayoría eran de los años sesenta y setenta. Me perdí entre los nombres de los cantantes de distintas lenguas. Reconocí la cantante egipcia Oum Kaltoum, la tunecina Habiba Msika, la española Rocío Jurado, y el judío francés de origen argelino Enrico Masías, la sinfonía de Beethoven, “El lago de los cisnes” de Tchaikovsky, el cantante francés Serge Lama, la cantante de Cabo Verde Cesária Évora y el icono francesa Edith Piaf.

Una jeringa al borde de la cómoda que alguien se olvidó de usar.

Abrí el primer cajón. Había cuadernos, sobres pequeños y otro grande amarillo, manchado con huellas sucias. Estaba deteriorado de tanto abrirlo y cerrarlo. No llevaba nada escrito y no había sido enviado por correo.

Dudé en abrirlo.

La voz de mi padre me advirtió:

-Cuando abres la carta de alguien, es como abrir su corazón sin previo aviso y desvelar su alma.

Nadie se atrevía en casa a abrir las cartas de otro.

-Pero, padre, es cuestión de identidad. No espío a nadie, sino que estoy buscándome a mí misma.

Abrí el sobre:

“Querido Juan:

Han pasado más de veinte años. No te he escrito más que aquellas notas que pegaba en el frigorífico, para informarte de un retraso imprevisto o para darte instrucciones para la asistenta o para que acompañaras a alguno de nuestros hijos a las actividades extraescolares.

Aunque no estoy obligada a justificar una decisión, es un final natural para una semejante vida matrimonial. Esto ocurre en todos los tiempos y espacios del mundo. Pero nunca me comportaré con egoísmo como el tuyo y no quiero irme sin justificación alguna.

Han pasado los años. No nos escribimos, ni nos sinceramos el uno con el otro, aunque nuestra relación comenzó a través de papeles. Yo era quien más se expresaba escribiendo. Te elaboré las más hermosas cartas de amor, mientras que tus respuestas eran breves y secas y me hacían enfadar.

Tu única excusa fue que eras un hombre de ciencia y que no sabías expresar tus sentimientos, que tu educación conservadora te volvió tímido y que no podías expresar tu deseo de amor. No dejabas de recordarme que yo me inclinaba más a la literatura que a las ciencias, sin nunca mencionar que cambié a la psicología para estar cerca de ti, de tu especialidad como médico de enfermedades mentales.

Llevo tiempo sin abrir nuestras cartas, ni una sola vez. Todas las cartas de amor parecen absurdas al volver a leerlas de nuevo.

Ya lo sé. Te parecerá extraña esta decisión de divorcio. Sabes de antemano que la Ermine que conoces ni siquiera es capaz de cambiar el sitio de una silla en la casa, no puede cambiar el curso de una vida. Yo también me he preguntado, pero mis preguntas tomaron otro sentido. Las he silenciado bastante tiempo. No esperaba tanto una respuesta como la fuerza para tomar una decisión:

¿Quién incitó al viento para que deshojara a los árboles en invierno? ¿Por qué la hora de marchitarse es más dura que la hora del deceso? ¿Por qué veo mi cuerpo como si fuera un alimento en mal estado? Este cuerpo que me acogió durante el largo trayecto de la vida ¿Quién lo convirtió en la pesadilla que me atormenta cada noche? Este cuerpo que cuidé desde su juventud y plenitud, que cuidé en nombre de la fidelidad y del amor, ahora descubro en la mitad de mi vida, que estuve engañada desde el principio, mientras que yo era la única que creía en los formas que no tenían nada que ver con la realidad. También en nombre de la fidelidad y del amor he acabado con todo lo bello que había en él, y le hice soportar lo insoportable.

¿Por qué me dejaste matarme con esta forma repugnante? Aprovechaste mis fuerzas para ordenar tu desorden hasta que mi cuerpo se hundió. Agotaste mi amor y mi ternura y no me quedó nada para calentar mi fría soledad. Te aprovechaste de mis sentimientos y de mi ingenuidad y no fui más que una máquina para recibir tu esperma. Era como un espectador que veía cómo devorabas mi cuerpo. Un cuerpo que nunca te interesó cuando se apagaba o se encendía.

En nombre de la pureza, pasé toda mi vida domando mi cuerpo y enseñándole una vida fuera de la naturaleza humana, un cuerpo sin deseos ni amores, mientras tú estabas ahogándote en tus aventuras pasajeras cambiando tus amantes igual que cambiabas tus calcetines. Mujeres de todas clases: viejas, lesbianas, bellas, feas, locas... Luego supe que algunas de ellas nos visitaron en casa y fui yo quien les sirvió la comida.

La casa era una alberca podrida de tantas infidelidades.

Me moría de rabia, mientras tú te morías de placer. Igual que una flor, yo dormía en tu cama, mientras tú soñabas con la flor de la adelfa.

Soñaba con ser aquella amante, aunque fuera por unas horas, y no ser la esposa engañada durante tanto tiempo.

¿Por qué no protesté mientras robaban mis sueños? ¿Por qué he sido fiel a las mentiras e infiel a mi propio cuerpo? ¿Cómo anidé en un nido vacío sin saber que los vientos del invierno eran tan fuertes?

Es tan amargo este engaño.

El tren ha pasado muy deprisa, la vida es única y el cuerpo no soporta los cambios del tiempo. Ha pasado el tiempo mientras descubría que ni siquiera tenía sombra, que nadie se interesaba por mí, que nadie me reservaba un sitio a su lado, junto a su cuerpo. Me sentía engañada. Una sola mirada en el espejo y mi rostro cansado me horrorizaba. Ahora estoy sola, aislada. En mi interior se apagaron fuegos de la juventud que nunca me quemaron.

Se aceleró el ritmo de mi vida de forma vertiginosa. Quise agarrarme a cualquier cosa para demostrarte que aun estoy aquí. Viva.

Intenté hablar pero el silencio me devoró. ¿Después de tanta vida, pido mi derecho de hacer el amor, ser amada y de soñar? Mordí mi lengua de tanto pudor.

Igual que una concha olvidada en la playa, me escondí en un ser vacío. Forzosamente me convertí en mística; digiero la pena de este cuerpo que nunca fue mío.

No deseo jugar más el papel de víctima.

“Cuando se llena el corazón, los labios deben abrirse.”

La pena comprime las antiguas heridas y veo mi sangre derramándose y mi dignidad humillada.

Voy comprendiendo este tiempo. Si un hombre no aprecia a su mujer como si fuera una flor ¿Cómo puede cuidarla cuando se marchite?

Igual que en el matrimonio católico, debo hablar ahora o callarme para siempre.

En un sueño:

“Me vi una mujer con piel de serpiente, con pelo negro, largo y trenzado cual las cuerdas del barco. Las uñas largas como ramas. Mirada salvaje igual que una loba. Mi pecho abierto y mi corazón fluyendo un líquido incoloro que desaguaba en varios arroyos.”

El sueño me sedujo. Quise cambiar esta ecuación: ¿Por qué siempre soy yo quien espera, callada, vencida, tímida, la víctima, la manzana prohibida, quien abre las ventanas del deseo, arrincono a mi alma y me quedo como espectadora? ¿Por qué y por qué...?

Así, he decidido, ser la más fuerte”

El estilo de la carta era fluido y elegante hasta el punto de que no oí la puerta de hierro abrirse, tampoco la llegada de un coche al patio, voces y ruidos que se dirigían hacia la puerta principal.

Algún tropiezo hizo caer la maceta de barro.

Parecía que los que entraban estaban borrachos.

La voz suave de una mujer despertó la atención de la perra. Empezó a saltar dando fuertes ladridos.

-¡Laika, cállate! -gritó el hombre.

El ladrido se alejaba a veces y luego regresaba con más fuerza.

-Chuu, Chuu...Otra vez has vuelto a tus locos celos.

Voces de llaves en la cerradura.

Subí las escaleras de prisa olvidando apagar las luces. Nada más llegar a la planta de arriba, oí la voz del hombre extrañado: -¿La lámpara estaba encendida cuando nos fuimos? Y la voz de la mujer burlándose: -Estas borracho mi amor Juan. Cuidado, el alcohol es más peligroso para la memoria que la edad.

Entré al desván guardando todavía la carta entre mis manos pero me olvidé de la linterna junto al sofá del salón. Pensé que había pasado la una de la madrugada. Debía aguardar un rato. Dicen que el sueño es más profundo en el último tercio de la noche.

En la oscuridad perdí la linterna.

Pasó una hora o más antes que decidiera que los borrachos ya habrían dormido, que debía bajar de mi desván.

En el último tramo de escalera, y en el mismo momento en que puse mi pie sobre el adoquinado de la sala rodeada por las habitaciones, me tropecé cara a cara con una mujer que se dirigía al baño. Llevaba un pijama a rayas negro y marrón, igual que la piel de un tigre, donde se bañaba un cuerpo delgado. Era pálida con el pelo oscuro y desordenado. Su rostro estaba manchado con maquillaje que no escondía la belleza de una mujer que sobrepasaba los cuarenta años. Unos grandes ojos azules rodeados con cejas largas y negras me miraron de forma terrorífica. Nunca me olvidaré de aquella escena, era idéntica a la de una película de terror: la mirada de una mujer asesinada.

Estaba a punto de gritar pero el miedo me enmudeció. La mujer me traspasó o me atravesó –no me acuerdo exactamente- sin enterarse siquiera de mi existencia.

¿Acaso la mujer estaba hipnotizada? ¿Cómo pasó cerca de mí sin rozarme? ¿Quizás he penetrado sin querer en el sueño de otra mujer? Muchas veces se enredan los sueños, sobre todo los de las mujeres.

¿Es posible que la perra fuese la única que se notaba mi presencia en esta casa, incluso me veía en la oscuridad?

Seguí los pasos de la mujer. Tropezó con la escalera y gimió.

Entró en el dormitorio.

Debajo de una luz roja, había un hombre echado en la cama aguardando. Recibió a la mujer entre sus brazos. Se quitó el pijama dejando ver su cuerpo diminuto. El hombre aun conservaba su atractivo a pesar de la edad. Mientras la mujer era delgada, el hombre era grueso, con una enorme barriga que se interponía entre ambos.

Al principio, la mujer parecía participativa y colaboradora.

De vez en cuando tapaba con la sábana sus partes íntimas desnudas. Alargaba su mano para apagar la lámpara como si fuera una mujer tímida o preocupada por su cuerpo, pero el hombre se lo impedía.

Gracias a la escasa luz que se filtraba desde el baño, vi a la perra en la puerta. Su mirada permanecía fija en la escena íntima. Estaba muy tranquila y no se movía, aunque habitualmente persiguiera a su amo donde fuera y ladrara en presencia de cualquier extraño. ¿Acaso entendía lo que ocurría a su alrededor?

Con la intuición femenina, comprendí que la mujer no tenía experiencia a pesar de su impulso y obstinación. Ignoraba absolutamente los pasos que tenía que seguir delante de un hombre incapaz. La escena romántica se transformó en una lucha animal. El fracaso continuo del hombre le convirtió en un salvaje.

La mujer continuaba luchando. Dio la vuelta y escupió mientras él sujetaba su cabello con violencia. En aquel instante me di cuenta de que la mujer tenía el pelo muy largo.

Al final, la mujer se rindió. Se alzaba el ronquido del hombre y se hundió.

Tragó varias pastillas y se puso su máscara de oxígeno. Apagó la lámpara sin preocuparse por el cuerpo que estaba tendido a su lado como si fuera un trapo sucio. Cerró los ojos y durmió.

Volví a contemplar a la perra. Podía ver sus lágrimas. Personalmente no tenía experiencia en aquel campo, pero era la primera vez que vi y supe que los perros lloran. ¡Qué pena! Triste y abatida bajó la cabeza y abandonó la sala. Se encogió al lado del inodoro como si fuera una hembra herida.

Parece que cada mujer que ha pasado por esta casa recibió su parte de pena.

Se oía el goteo del agua en el cuarto de baño.

Con pasos apresurados, la mujer regresaba a la cama, y con manos temblorosas movió el grueso cuerpo:

-Oigo pasos en el piso de arriba -susurró en sus oídos.

-Duérmete y no te preocupes. Es aquella loca que se fue pero dejó aquí sus pasos para perturbar mi sueño. No le basta perturbar mi despertar durante nueve años.

La mujer tenía miedo y el hombre tomó el somnífero.

Me fui al salón para recuperar la linterna olvidándome de la perra.

Subí las escaleras y la carta aun estaba en mis manos.

“...El comienzo era una mentira. Cuando te visité en la ciudad universitaria me llevaste al cuarto que ocupabas con otro estudiante argelino. Para quedarte a solas conmigo, te deshiciste de él con dificultad. Entonces pude notar sus celos, celos que nunca me he llegado a explicar.

Era la primera vez que hicimos completamente el amor después de más de un año de relación.

Mi sorpresa fue muy grande al descubrir que estabas circunciso. Te pregunté y me contestaste que era a causa de una enfermedad durante tu niñez. Te había creído porque el amor es ciego.

Hasta el momento, no sé porqué me mentiste mientras sabías que mis padres eran comunistas y la religión les importaba un bledo.

No investigué tu nombre que llamó la atención de mis padres; Omeya era un nombre nada corriente para los franceses.

La mentira inventa otra y otra hasta el fin del tiempo.

Tu familia era muy reservada, apenas hablaban. Durante las pocas veces que los visitaba antes de casarnos, y a la hora de la comida, cuando estábamos todos reunidos en el comedor, la familia continuaba comiendo sin comentarios, sobre todo cuando yo agradecía la comida que era deliciosa, con muchas especies y muy diferente de la nuestra. Aquella suegra de la que ya no me acuerdo. Era una mujer transparente, huidiza, sin sombra y predispuesta a ser olvidada y borrada de la memoria nada más abandonar la sala y desaparecer en la cocina –su refugio permanente-. Su mirada era muy triste y un trozo de pena quedaba en su silla vacía cuando se levantaba. Murió de repente, con cuarenta y seis años. Un día se sinceró con una frase fugaz: que estaba enferma de cáncer de útero. No intercambiábamos más de tres frases hechas en cada encuentro: buenos días, buenas tardes y hasta luego.

Era una mujer que cruzó por la vida sin llamar la atención de nadie.

La primera en tomar la palabra era siempre tu hermana Sara, con la intención de agobiarme, para luego escupir ironías ofensivas: la educación de los niños mimados, la disciplina a la hora de comer, ignorar la religión, el abuso de la comida rápida, mi elegancia exagerada, el desorden de la casa...Yo era la espita de todos sus complejos: Solterona, obesa, sentía inferioridad delante de una señora francesa original, ser la hija mayor que debería llevar la casa después y la familia, sobre todo al hermano menor.

Tu padre era el único con quien compartía afecto, sobre todo al nacer su primer nieto Paul. Y como si fuera el único vínculo que me unía a tu extraña familia, meses después de su muerte, ya me tienes tomando la decisión de separarme de ti...”

Oyóse un goteo en el baño, luego una fuerte tos que rompió el silencio de la noche.

Una mancha en la hoja siguiente de la carta y las huellas de un líquido en el margen. ¿Es una lágrima? Me extrañé. Una carta íntima con tanta importancia no debía de estar al alcance de los demás.

“... ¡Dios! Qué complejo es el ser humano. Los interiores del hombre son los más oscuros. Durante largo tiempo presumía de poder conocer a cualquier persona a través de su mirada, incluso pensaba que el primer vistazo lo revelaba todo, que cuanto más cerca más perdemos la neutralidad tomando juicios equivocados. Mis amigas me creían y me pedían consejo sobre sus maridos. Lo extraño era que siempre acertaba, salvo pocas veces, sobre todo cuando me preguntaban: ¿Es fiel o infiel? ¿Es amante de verdad o solamente lo aparenta?

Sobre esta endeble teoría de la intuición me he basado, para luego elegir estudiar psicología y con la misma intuición te elegí a ti como marido.

¿Acaso existe mayor ironía?

Parece que a las teorías científicas que he tragado durante años en la universidad, les faltaba tener en cuenta la experiencia real y personal. Pero mi relación contigo no me dejó tiempo de descubrir la realidad. Cualquier teoría aislada, se tornaba oxidada para analizar el comportamiento de alguna sociedad. Además, he dejado de participar en las conferencias y las cumbres científicas. Me arrinconé en la casa, me dediqué a ti y a los hijos. Una sola ventana me bastaba, desde la cual me asomaba hacia el exterior, mi clínica y las historias que me llegaban de mis pacientes.

Una vez, al regresar de tus extraños viajes a Alemania, llevando un busto de Freud, me dijiste que valía la pena contemplarlo. De costumbre, y después de repartir los regalos para los niños, me ofrecías un perfume. No podías comprar el regalo de la esposa en presencia de tus amantes. Te bastaba adquirirlo en el avión de vuelta. Tus escasos regalos los encontraba extraños, fuera de contexto, como aquel vestido de baile oriental sabiendo que yo nunca he bailado. No entendía por qué cargaste con aquella estatuilla de bronce de Freud. No comprendía que entonces no me estabas avisando, sino burlándote de mí.

Insististe. Te camuflaste tras una cicatriz y viviste tus otras vidas errando entre lechos pasajeros y desconocidos, pasando por alto tus obligaciones familiares y matrimoniales.

Hasta aquella pregunta, “¿me amas?”, no tenía ningún sentido.

Fuiste un buen actor. Convencías a todos los que te rodeaban, y yo estúpidamente creía todo lo que inventabas, incluso tus viajes continuos para asistir a congresos y conferencias médicas inexistentes. Masticaba tus ausencias, cambiaba el decorado, las sábanas de la cama y la rutina de la casa para que estuviese a tu gusto al regresar. Avisaba a los niños para que no te molestasen y con temor me preguntaba ¿Regresará esta vez? Por casualidad he descubierto que estabas planeando ir a vivir con otra mujer en Australia.

¿Cuántas palabras de amor confesaste a otra? ¿Qué le regalaste?

Y la pregunta que más me dolía: ¿Qué decías a las otras mujeres de mí?

Con el tiempo me convencí de que cierto margen de libertad sería una cura para ti, y tu ausencia de la casa renovarí tu deseo de regresar a ella.

No hay palabras para definir mi pena. Mi debilidad y mis pocas posibilidades, mientras yo preparaba tus maletas y las vaciaba cuando regresabas de tus viajes y encontraba huellas de otras mujeres entre tu ropa: cepillos de dientes, peines, fulares...No te deseaba más que saboreases un poco de mis penas.

Llevabas una doble vida. Un famoso médico con dos clínicas, una en la ciudad y la otra en las afueras. Un padre de una familia respetable y un marido disciplinado.

No soy una mujer rencorosa, pero cuando llegue mi muerte perdonaré a todo el mundo excepto a ti. No debido a tu infidelidad, si no porque tú me obligaste a traicionarme a mí misma y a humillarme. Mi cuerpo tampoco me lo perdonará.

¿Pedía lo imposible? Soy una mujer de sencillos deseos y sumisa. Mis sueños eran modestos: estar unidos cada tarde en una pequeña habitación cálida viendo el televisor, mientras que nuestros hijos juegan a nuestro alrededor. Una habitación cuyas cortinas nos protegen de los terrores del exterior y una alfombra de lana natural. ¿Por qué exactamente de lana natural? No lo sé.

Me apoyé en todas las teorías de la psicología, de las experiencias de mis pacientes, de sus fracasos y sus aventuras... No se trataba de examinar tu personalidad, sino de encontrar una explicación a tu intensa vitalidad fuera de casa y tu frialdad dentro de la misma, y así me agotaba inventando excusas que te exculparan.

Redoblé mi indulgencia, escrita con mi propia sangre. Era como aquel árbol que ofrecía sombra al niño rebelde que vivía en ti. Se acurrucó el árbol y el niño no creció en tu interior.

El frío perforaba mis huesos día tras día. Me precipitaba en el abismo de mi oscuridad y me agarraba al primer hilo de luz que penetraba en mi decaída vida, para llenar por lo menos, el vacío del alma. Aguardaba una carta de amor enviada por un amante desde lejos. No eran más que palabras y colores, pero cambiaba mi rutina. Abrir el buzón del correo colgado en la entrada principal y salir de casa cada mañana abrazando un trozo de calor.

El trozo de calor se tornó imprescindible para continuar en esta pieza teatral donde me he involucrado..."

Llegando a esta línea, me acordé del cuadro de Dalí colgado en el salón. Repasé las demás líneas para ver la firma. La carta era anónima.

Pero ¿por qué una esposa escribe a su marido una carta con una máquina de escribir?

"... ¿Era un rasgo de generosidad por tu parte, o solamente intentabas calmar tu sentimiento de culpabilidad que te punzaba entre cama y otra, que

pasabas por alto mis pequeños deseos dejándome un trozo de sueño que me ayudaba a detener el tiempo hasta que volvieses?

¿Acaso era tan estúpida imaginando y deseando que volvieras a mí? ¿Acaso fuiste mío algún día? Era lo que había creído durante veinte años. La verdad es que soy una estúpida y con miedo me escondí detrás de una estupidez que no convenía a una psicóloga. Igual que un avestruz, escondí mi cabeza en la arena esperando que pasara la tempestad.

Y antes de que se acabara la tempestad se desprendió la última hoja de mora.

Al final regresaste con las velas desgarradas. Perdiste la seducción de Don Juan. Jóvenes médicos llegaron a la ciudad con nuevas teorías. Se derrumbó la fama del médico, incluso tus ingresos, y no podías satisfacer las necesidades de tus amantes.

Sí, regresaste para reprocharme mis arrugas y mi cuerpo debilitado, olvidando que cuando yo era una mujer preciosa, tú no fuiste un hombre.

La verdad era más cruel que la sospecha. La tempestad era tan fuerte que derrumbó el nido que construiste con ahínco y paciencia.

Fue la gota que colmó el vaso. Te vanagloriabas de tus aventuras mujeriegas y tu arrogancia... Eran cosas que te indujeron a abrir de par en par nuestra vida íntima sin interesarte por mí ni por nuestros hijos. Me dolió mucho. Yo mataba a la mujer en mi interior, pero hubiera aceptado el hecho, solamente si hubieras escondido nuestro secreto, porque la imagen de la familia respetada y del enamorado matrimonio me importaba más que mi propia felicidad.

El orgullo de mujer me aplastó hasta que estallé.

Incluso la fama de la psicóloga empezó a debilitarse en medio de mis colegas. Aumentaron los cuchicheos.

¿Se puede creer? Yo, la psicóloga, licenciada en las mejores universidades con buenas calificaciones, con una tesis doctoral titulada “La crisis de media vida del hombre”, sufro malos tratos, me siento humillada y me engañan.

¿Cómo puedo sentarme cada día en un sillón escuchando los problemas de los demás, penetrar en sus interiores para enfrentarlos consigo mismos y luego dirigir sus vidas y sus comportamientos sexuales? Yo, que había perdido la brújula de mi vida y me he engañado siempre.

No puedo olvidar aquella sonrisa burlona de una de mis pacientes. Mientras la tranquilizaba y desmentía sus sospechas y argumentos. -Mientras tu marido cumple con sus deberes matrimoniales adecuadamente, es imposible que tenga una relación con su jefe homosexual, le expliqué- tus sus sospechas están exageradas.

¿Cuántas pacientes han descubierto mi incompetencia?

¿Acaso existe otra burla más que esta?

¿A quién acusaré, a ti o a mí? ¿Acaso es la costumbre, el amor o no es más que la fobia de una mujer a la soledad del otoño?

Por fin aquí me tienes, otra mujer. Ya no tengo miedo de lo desconocido o de unas relaciones sin pasado. Me he liberado de la idiotez de unos sentimientos que la pérdida no ha podido cambiar. Saqué el corazón de su oscuridad y lo he despojado de sus penas. A mi memoria le devolví su lucidez y corté el hilo que me ataba a ti durante largo tiempo.

Mi padre tenía razón: No había causa para sentirme culpable, y quedarme presa de mi falso matrimonio; porque mi madre se escapó del suyo y me abandonó”.

Esta carta hizo vibrar las cuerdas de mis interiores. ¡Vaya! Esta mujer expresó elaboradamente sus penas.

Sentí enormes ganas de encontrarme con esta mujer, si supiera dónde está, ¿para reconciliarla? En absoluto, sino para felicitarla por su libertad y coraje. No es fácil que una mujer se libere de un cáncer que ha perforado su cuerpo durante veinte años.

La mayoría de las mujeres, sobre todo aquellas a las que se había educado en permanecer sometidas, estaban dominadas por el miedo.

El miedo del inicio, de la hoja en blanco, de un número vacío llamado cero, del punto final; olvidando que después de cualquier final puede que haya un buen comienzo.

Conozco a muchas mujeres que hicieron sus maletas hace tiempo, pero no fueron a ningún lugar.

Se deslizó una lágrima hasta los labios. Me hizo recordar mi sed. Parece que me había emocionado tanto leyendo esta carta que había aumentado mi temperatura.

El desván se ensanchaba y se estrechaba al son de mi respiración. Oía el palpitar de mi corazón y el bullicio de la sangre en mis venas...]

-¡Señora, señora, por favor despiértese!

Una mano me sacudía. Una mujer vestida de blanco se asomaba sobre mí.

-Perdone señora, nos vemos obligados a despertarla a estas horas de la noche. Acabamos de recibir el resultado de su análisis. No son positivas. El INR está muy elevado. Seis no es normal. La fluidez de su sangre es preocupante. ¿Puedo examinarla?

La doctora me examinó y me tomó el pulso.

-¿Ha notado algún cambio en su orina esta tarde, que se volviera rojiza, por ejemplo? ¿Ha sangrado por algún sitio o ha sentido algún dolor?

Movía mi cabeza en señal de negación.

-No creo que se hayan equivocado en el laboratorio. De todos modos voy a tomar una muestra y enviarla enseguida al laboratorio. Volveré dentro de poco para quedarme más tranquilo.

Antes de irse de la habitación me sonrió diciendo:

-Su sueño es profundo, está bien en su caso. La mayoría de los pacientes sufren insomnio durante el primer día en el hospital, a pesar de tomar somníferos.

Fuera sigue lloviendo a cántaros.

La mañana del cuarto día en el hospital (coincidió con un sábado) y debido a la política de austeridad seguida por el Ministerio de sanidad francés, se había decretado desalojar el ala superior durante el fin de semana y mantener únicamente los casos críticos en el ala baja.

Me contestó Ermine:

-Perdone señora, queda solamente un paciente en el ala superior. Estamos obligados a instalarlo en una habitación individual y llevarla a usted a una habitación doble con otra paciente.

No pude quejarme. No era posible protestar en un país donde mendigamos una vida.

De camino hacia la otra habitación, al final del pasillo se encontraba un hombre en silla de ruedas automática que pasaba de los sesenta años. Llevaba una máscara de oxígeno. También llevaba cables atados a un aparato y una botella de suero colgada sobre su cabeza. Se movía nerviosamente y con prisa:

-¿Señorita, me pueden entregar ya la habitación?

Delante de la puerta me quedé asombrada:

La misma voz autoritaria, la misma pronunciación enfática de la erre como la pronuncian los españoles.

La silla de ruedas se movía en mi dirección, y me llegaba un olor familiar. Pasó ante mí y entró en la habitación donde pasé tres noches. El paciente se parecía mucho al hombre del sueño, pero no tenía una cicatriz en la cara. No preguntaba por su nombre.

Saludé a la mujer que estaba en la cama colindante y me eché en la mía. Respiré hondo antes de que entrara Ermine. Rápidamente me acostumbré a ella.

Mientras ordenaba mis cosas en el armario bromeaba:

-El paciente que cogió tu habitación está muy satisfecho. Enseguida se acostumbró al ambiente y agradece el olor de tu perfume. Dice que es Chanel 5. Parece un experto en perfumes femeninos. Me preguntó si eres guapa y yo se lo confirmé. Dijo: "Dormir en la cama de una mujer preciosa aleja la muerte".

Luego susurró en mi oído:

-El pobre se encuentra en situación crítica. Lo conozco desde hace años. Viene al hospital constantemente. Es muy discreto, extraño y solitario. Nadie viene a visitarle ni pregunta por él.

En la tarde del mismo día en que salí del hospital, el autor de la novela (Gertrude) me propuso visitar la casa parisina donde vivió la protagonista Gertrude Stein y su amiga Alice Toklas entre los años 1905/1938. Era un centro de reunión de muchos famosos con enorme influencia en las artes y las letras del

siglo de oro francés y mundial. Hemos llegado al sexto distrito. A unos pasos del boulevard Saint Germain. Paseábamos por las callejuelas una por una buscando la Calle de Fleurus, donde se ubica el edificio número 27. Estuvimos deambulando hasta llegar a la parte posterior de los jardines de Luxemburgo. Dábamos la vuelta fijándonos en los números y los letreros. De repente y sobre una placa de cobre:

Juan Rodrigo Omeya*⁹
Psiquiatra
Licenciado en la Universidad de Lima
Piso 2. Consulta con cita.

Me puse ante el edificio antiguo, leyendo y releendo la placa sin oír la llamada de mi acompañante desde la otra calle. Por fin ha encontrado la casa de Gertrude Stein. Me puso delante del portal y me tomó una foto de recuerdo.

Apenas escuchaba las palabras de mi acompañante, mientras hablaba de su protagonista Gertrude y de los famosos de las letras y del arte que habían pasado por aquel umbral y cómo empleó el portal que él nunca pisó en su novela, etc.

¿Debo regresar a la misma dirección de antes? ¿Debo subir a la segunda planta para asegurarme? ¿Qué diría a quien me abra la puerta? Simplemente pediré una cita con el médico. ¿Pero, que diría a mi acompañante sobre mi asombrosa actitud? Salí de alta del hospital la misma mañana. Seguro que creerá que estoy alucinada a la hora de contarle mi historia de aquella casa que me persigue.

¿Acaso el médico es el mismo dueño de la casa de la noche? Lleva el mismo nombre, del cual nunca me olvido. La misma profesión con una simple diferencia puesto que el dueño de la casa de la noche estaba licenciado en la Universidad de Montpellier y éste en la Universidad de Lima.

He decidido aplazar la visita a la clínica hasta que me calmara y estuviera a solas. Los días que luego pasé en París siempre estuve acompañada debido a mi mal estado físico.

Dos meses después recibí una invitación a la ciudad de Tour con un billete de ida y vuelta a través del aeropuerto de Orly. La ciudad está a tres horas de París

⁹ Yo soy Juan Rodrigo Omeya número 3. Me hago pasar por este nombre para huir de los comunistas. Nací en Budapest de una noble familia húngara. Me escondí en un pequeño pueblo hasta la revolución de 1956. Aproveché la apertura provisional de fronteras y salí del país con mi compañera judía. Me instalé durante un tiempo en Francia. Proseguí mi huida hasta llegar a Algeciras. Cruzé el estrecho y seguí el camino hasta llegar a un pequeño pueblo en el centro de Marruecos. Allí ejercí mi profesión como médico durante años. Cuando decidí regresar, ya había perdido toda mi documentación que atestiguaba mi nacionalidad húngara y mi segundo nombre Vida De Boruch. Porque el verdadero nombre de la familia era turco y tuvo que cambiarlo para ocultarse.

He fallecido en la frontera entre mi país y Austria cargando con dos imputaciones de traición: Alta traición a mi país y la traición matrimonial. Mientras me escapaba, he abandonado a mi mujer y a mis hijos. El verdadero nombre es anónimo.

en tren. He programado el viaje de vuelta un poco tarde para poder pasar el día entero en París, antes de irme al aeropuerto.

El tren había llegado a la Estación de Austerlitz a las diez. He caminado hasta Boulevard de l'Hopital, hacia l' Hôpital de la Salpêtrière donde recogí mis últimos análisis médicos y un informe detallado en el que constan los datos de salud observados durante mi estancia.

Para no equivocarme de camino, y con ganas de llegar deprisa, cogí un taxi en la primera estación.

El taxi me dejó en la esquina de la calle de Fleurus:

-Es el tercer edificio a la derecha, es dirección prohibida y no puedo dejarte delante del portal -me dijo el taxista mientras me entregaba la maleta.

-Está bien- contesté satisfactoriamente.

Debía calmarme unos instantes antes de afrontar la realidad.

Me dirigí al edificio 22. Era el mismo, pero no había ni placa ni nombre. La placa de cobre que había visto hace dos meses y que llevaba el nombre de Juan Rodrigo Omeya había desaparecido. Quedaban solamente cuatro agujeros y el rastro de la placa. Subí a oscuras hasta la segunda planta donde había dos puertas.

En la puerta de la derecha estaba escrito Sr. y Sra. Harouch, mientras en la puerta de la izquierda había señales de una placa arrancada. Titubeé antes de tocar el timbre. No había nadie dentro.

He pensado que sería mejor preguntar en una farmacia cercana. Sin duda conocen a los médicos del barrio.

A unos pasos del edificio entré a preguntar en una farmacia que llevaba el mismo nombre de la calle « *Pharmacie de Fleurus* ». Había dos dependientes detrás del mostrador. Sin titubear, pregunté a la mayor; una señora de unos sesenta años que posiblemente conociera bien el barrio.

-Por favor, pregunto por el D. Juan Rodrigo Omeya, el psiquiatra del edificio 22.

Me contestó que no conocía a esa persona, ni siquiera había oído antes su nombre.

Me di la vuelta para salir, pero antes de cruzar la puerta, oí una voz desde dentro del almacén:

-El doctor Juan Rodrigo Omeya, se jubiló hace más de veinte años.

Sin ver el rostro claramente, pregunté a la voz:

-¿Pero la clínica no ha funcionado después? Mejor dicho, ¿no había otro médico en la misma clínica hace apenas dos meses?

-En absoluto -me contestó la voz.

Pedí una guía telefónica. Rastreé la lista de los médicos; pero aquel nombre no aparecía.

No me ha sorprendido. Era un personaje esquivo, como el dueño de la casa de la noche. Estaba claro que procuró no incluir su nombre en la guía telefónica. En alguna parte he leído, que algunas personas pertenecientes a las memorias,

evitaban registrar sus direcciones y números telefónicos en los guías durante los primeros años después de la segunda guerra mundial, como prevención o quizás por temor. La experiencia era muy dura y las heridas aun estaban tiernas. El GESTAPO usaba las direcciones obtenidas en las guías telefónicas para descubrir su escondite.

He pasado el resto del día sobre un banco de los jardines de Luxemburgo contemplando los rostros, sobre todo los rostros de los ancianos.

Recordé que no había probado bocado desde el desayuno en el hotel, en Tour. Comí un bocadillo entero.

De entre las nubes, se filtraron unos rayos de sol.

En mi agenda anoté unas líneas:

“¿Qué es eso invisible entre dos mundos, que une la muerte y la vida en un solo vaso, en un brindis sin sonido, hace de la tumba heterónimo de la cama, ofrece la forma de vida a la tumba y a la cama la forma de la muerte.¹⁰”

La última nube se disipó y se tiñó de azul el cielo. Se iluminó el ambiente. Me fui hacia el aeropuerto. No me despedí de nadie salvo del ciruelo japonés que fue testigo de mis frustraciones.

Por primera vez Paris se despide de mí con una sonrisa.

¹⁰ Debo reconocer que no estaba en unión mi relación con el mundo exterior. Aturdimiento continuo. Viví en mi interior más que en mi exterior, el sueño más que la realidad. Sobre el perchero de la vida he colgado mis errores, y le cubrí de insultos. Me alejé de todo lo hermoso en ella. Sentí la pérdida de alguna intuición y no asimilé sus lecciones.

Lo que ocurre ahora es uno de tantos vuelcos que da la vida; pero es el más peligroso y difícil porque ocurre mientras estoy al borde del otoño.

UNA ESCALA EN MADRID

*Comprobé todos los caminos que llevaban hacia ti,
ya lo sé, eres ciego y yo sin perspicacia*

A. B.

Seguro que yo amo a París más que a otra ciudad. Pero tengo la costumbre de comparar Madrid y Paris. Ambas ciudades son impresionantes y de ambas guardo muchos recuerdos. Madrid, la cálida, la alegre, la fiesta continua, las carcajadas y el buen tiempo. Plaza del Sol, Plaza Mayor... El cielo en Madrid es más claro que el cielo de Paris, pero menos seductor.

París, romanticismo frío y cielo gris. Las estaciones gélidas, la intimidad de las bibliotecas y los paseos bajo el aguacero... La Tour Eiffel, Montparnasse, la Basilique du Sacré-Cœur. Quartier Latin... una ciudad sorprendente saliendo súbitamente de los archivos de la historia. Paseando entre sus callejuelas, parece que te vas a encontrar a alguno de los autores franceses de obras que habías leído, y parece que el protagonista de alguna obra va a saludarte con su sombrero. Aguacero

Si tuviera que elegir entre ambas ciudades para establecerme, escogería Paris. Es la ciudad donde te pierdes con plena conciencia, sabiendo de antemano que vas a perder todas tus ciudades y otros puertos sin que sea Paris tu propia ciudad y el lugar donde vives.

Nada más pisar el aeropuerto, te das cuenta que estás perdiendo y perdido, pero aun así sigues hacia tu caída igual que un hombre que entrega todas sus armas a una mujer juguetona.

No es más que una comparación sentimental.

A las cuatro de la tarde aterriza el avión en el aeropuerto de Barajas. Viajaba ligera de equipaje. De un bolso de mano saqué el mapa del metro de Madrid. Siempre guardo los mapas de las ciudades que visito.

Debo pasar un día y una noche antes de coger el avión Madrid/San José. El vuelo será a las ocho de la noche. Prefiero pasar ese recorrido acuático durmiendo.

El mapa del metro me pareció complicado. Debía cambiar dos estaciones antes de llegar a la calle Méjico. Cambié de idea y me puse en la estación de taxi aguardando mi turno. Da igual, veinte euros es un precio razonable para llegar a mi destino sin dar vueltas. Aunque llevaba un pequeño maletín, aun así parecía un estorbo en los metros.

El taxista me distrajo con su acento andaluz. Los taxistas siempre empiezan a hablar del tiempo para terminar con la pregunta principal: -¿Viene por turismo o...?

Los españoles son muy amables pero son charlatanes. Te invaden sin pedirte permiso igual que nosotros los árabes. Vuelvo otra vez a comparar. El taxista en Paris no te pregunta nada más que la dirección. Si añade algo más, sería entonces un marroquí o un argelino.

El tiempo era cálido y primaveral.

Las caricias de la luz y el verdor aliviaban el alma.

Contemplé los arboles que adornaban las calles. Abril es un buen mes para visitar Madrid.

En diez minutos el taxi llegaba a la parte Este de Madrid para alcanzar los callejones de Corazón de la Virgen donde se encontraba el parking y el jardín trasero del hotel. A unos cuatrocientos metros se encontraba la puerta principal:

-Le deseo una buena estancia señora. Paseo de la Luna es una buena elección. Estoy a su disposición cuando quiera -me dijo el taxista mientras me ofrecía su tarjeta de visita.

Cogí mi maletín y le agradecí su buena actitud. Era un buen augurio para empezar una nueva aventura. Antes de salir de casa decidí disfrutar de cualquier instante sin mirar atrás durante los veinte días que iba a pasar en Costa Rica.

Atravesando un océano, la memoria arrincona las emociones y las imágenes de nuestros seres queridos en una estantería, que se abre espontáneamente nada más regresar de la travesía. Era lo que me había enseñado un compañero durante mi primer viaje fuera del país, cuando las lágrimas rodaban sobre mis mejillas añorando a mis hijos. Además, el veinticinco por ciento de mi vida a la cual me aferro durante estos últimos años, no daña a nadie, sino que me da más fuerzas para seguir y regresar con mucho más ánimo.

Hotel Paseo de la Luna es un complejo de arquitectura universal antigua. Distintos arquitectos de varios países contribuyeron en su construcción. Tiene diez y seis plantas y cada una tiene su propio diseño y decorado que refleja el estilo clásico de un país: China, Irán, Francia, Marruecos, Reino Unido, México, España... como si estuvieras en un museo.

En la recepción te ofrecen un catálogo de fotos de las habitaciones con el nombre del diseñador y una presentación del estilo arquitectónico del país al que pertenece el arquitecto.

El cliente tiene la ocasión de dormir cada noche en un país diferente. Una vez tuve la ocasión de hospedarme en el mismo hotel y elegí la habitación iraní. Pero esta vez escogí la habitación japonesa cuyo decorado era negro, ubicada en la planta de no fumadores.

Era las seis de la tarde cuando me tendí sobre la amplia cama negra japonesa, después de descorrer las cortinas para decorar el espacio con un trozo de cielo azul.

Tuve tiempo para descansar antes de salir a pasear por la Gran Vía y Plaza del Sol, y si se mantenía el buen tiempo, podía ir a Plaza Mayor donde podía degustar las deliciosas tapas en los numerosos restaurantes que se encontraban en el lugar y al mismo tiempo disfrutar de los espectáculos celebrados en la Plaza.

Decidí que podía regresar al hotel a las diez de la noche para acostarme un poco temprano. El día siguiente debía aprovechar las seis horas para visitar los museos antes de dirigirme al aeropuerto.

Realicé un plan de visitas según la prioridad y la distancia. Decididamente comencé con el museo donde exponían las obras del pintor Claude Monet. Cuando estuve en el avión había leído un artículo sobre él. Era la primera vez que se exponía la trilogía del puente japonés desde hace años. Después visitaría el Museo Reina Sofía y luego el museo de arte Thyssen-Bornemisza concluyendo con el Museo del Prado. La ubicación de estos museos en el mismo espacio facilitaba la visita... En seguida me venció el sueño.

[...Me pregunto si todo no era más un sueño que se repite. De nuevo me encuentro en la oscuridad de esta amplia casa que me hace sentir presa entre sus muros.

Nada ha cambiado en el desván, excepto la desaparición de la mecedora y la aparición de la puerta trasera que yo creía que era un armario de pared que tenía el mismo color de las paredes.

Aguardo a una voz, la de mi madre gritando:

-“¿Dónde estás? ¿Has vuelto otra vez allí? ¿Qué es lo que te gusta de esta habitación? Baja, aún no has terminado de lavar los platos. A saber lo que haces allí. ¿No te dijo tu abuela que los malos espíritus habitan los lugares abandonados y oscuros? Puedes perder la razón.”

La abuela siempre tuvo razón, ojalá tuviera un poco de lógica, como para asimilar que la soledad es un camino que conlleva a la locura y a la pureza del alma.

Nunca puedo vencer la curiosidad que siempre vence el miedo que me domina, y sigo rebuscando.

¿Por qué este álbum acabó tirado en este desván junto a los desechos?

Mientras lo hojeaba me inundó la inquietud de descubrir algo que me pudiera entristecer o enfadar. Eran fotos de familia. La primera parte era en blanco y negro. El álbum empezaba con fotos de boda, otras de bautizo y luego las de fiestas y cumpleaños... se sucedían fotos de distintos eventos similares. Fotos para el recuerdo tomadas en diferentes lugares del mundo. La mayoría en las playas o en las cimas de las montañas cubiertas de hielo. Parecía que el hijo mayor de la familia era un apasionado al esquí puesto que toda su habitación estaba adornada con trofeos y medallas. Volvía de nuevo a mirar las fotos de boda, los rituales eran totalmente ajenos al de una boda católica francesa. La novia no se vestía con traje blanco como de costumbre, sino

oscuro. Un hilo de seda unía el dedo pulgar de los novios y un ramo de flores colgaba en el centro. La novia era muy guapa, rubia y muy delgada con ojos llenos de vida. Su pelo estaba peinado hacia atrás, estilo Chignon adornado con mariposas y flores de almendro. Elegancia y sencillez. Que contrastaba con novio, que se vestía con un smoking negro, camisa blanca y llevaba un papillon en el cuello. Parecía joven y delgado de unos veintitantos años. Sus ojos eran negros, del mismo color de sus cabellos.

Una inmensa felicidad inundaba a los presentes. Podía reconocer uno de los rostros a pesar de la palidez y la calvicie; seguro que era el dueño de la foto colgada de pared sobre la chimenea del salón. Puede que el tiempo cambie su aspecto, pero sus ojos guardan la misma mirada.

Un camión de basura cruzaba a lo lejos atronando la noche con su irritante alarido y se expandió un fétido olor.

Volví otra vez a contemplar las fotos. Todos estaban sonrientes y alegres hasta el punto de que la felicidad saltaba de las mismas fotos. Si tuviera que dar título a este álbum sería: “Historia de una familia feliz”. Era una verdadera historia con sus cambios y transformaciones. Parecía que la familia al principio vivió en una casa pequeña. Las fotos del hijo mayor mientras era un bebé lo mostraban en una mecedora de caña en una pequeña habitación y bañándose en un baño de plástico, al contrario de las niñas que se bañaban en una bañera de un cuarto de baño amplio o jugaban en el jardín de una casa grande. La misma casa donde me encuentro yo ahora. Parece que la familia durante esta época era rica hasta cierto punto: la mujer que mecía a las niñas parecía un niñera profesional, además de las bicicletas y juguetes caros.

Esforcé los oídos: era la voz de una mujer que cantaba una nana para que el niño durmiera.

En el último retrato del álbum, el hijo mayor parece un adolescente, la viva imagen de su padre. Las niñas vestidas de colegialas, rubias, idénticas a la madre si no fuera por los ojos negros. La mayor está de pie al lado de su hermano, detrás de los padres sentados y la menor en el centro apoyada sobre la rodilla del padre. Estaban juntos el uno del otro, los ojos mirando fijamente a la cámara, excepto los de la mujer que reflejaban una mirada especial, cálida, turbada.

¿Quién estaba detrás de la cámara de fotos?

Una sonrisa une a toda la familia. El fondo es un cielo azul y claro sin rastro de nubes.

Al final del álbum no hay más que aquella foto. No es obra de la simple casualidad que haya sido puesta allí; el punto final de una historia.

Sentía cansancio cual si hubiera vivido una larga vida agotando todas mis fuerzas. Cerraba mis ojos intentando dormir para despedirme del sueño y parar un tiempo virtual. Pero un ruido que provenía del jardín y que nunca

había escuchado antes, se repetía cada media hora y me despertaba cada vez que me adormecía. Cría que era el ruido de un transformador.

El regresar de un sueño retorna muy difícil. Un sentimiento de estar al borde de todo...Al borde de la vida, entre la vida y la muerte donde se hacía imposible la distinción y la elección. Y cada vez que me alejaba, el regreso se hacía más difícil. Había preferido regresar a un mundo que no recuerdo.

Comparo esta situación con una pieza teatral que había presenciado en Palma de Mallorca. Dos poetas: el primero sentado en un sofá con las piernas abiertas, leyendo poesía que festejaba el nacimiento de un poema, mientras que el otro estaba arrodillado a su lado, sacando algo que no se podía distinguir de entre sus piernas, encarnando el instante de un difícil alumbramiento. Así es mi traslado entre dos mundos evasivos. Viajo de un mundo a otro, como si fuera una persona que vive en el año 2012 y ve una película en blanco y negro o escucha una canción antigua.

Una brusca tos rompe la fragilidad del silencio. Salto. Olvidaba que el techo era bajo y abovedado. Me levanto y me golpeo la cabeza con el techo del desván.

Repique de campanas de alguna iglesia. Mucho ruido. Puertas y persianas se abrían y se cerraban. Golpeo de utensilios.

La luz del día.

Me sacudí. No recuerdo haberme encontrado en esta casa de día. Me enojé sin saber porqué, cual si hubiera violado un acuerdo con la casa: abandonarla antes de que salga el sol, o como si hubiera traicionado la oscuridad a favor de la luz.

Me ha disgustado la idea de que algo había ocurrido mientras dormía. En la ausencia los hilos se escapan. Precisamente en aquella hora o aquel minuto o segundo suceden cosas que cambian el recorrido de toda una vida.

Algo espantoso se acerca hacia mí.

Me duele la cabeza.

Todo el tiempo entre la noche y el amanecer era un desmayo y no un sueño. Olor a café y pan tostado.

Las voces se acercan y se alejan, los muros guardan los restos de ecos de gente que han pasado por la casa.

Una voz melódica y apacible con acento francés sureño. Una voz débil y armoniosa revela la belleza de su dueña sin que la puedas ver. Enseguida sabes que es de una mujer sensible y frágil, una mujer que se quiebra fácilmente.

-Niños, todos al comedor.

Minutos después se alza la misma voz haciendo levantar al mismo tiempo el eco en el tremendo vacío de la casa.

-Paul, Nicole, Elene, bajad a desayunar...Vais a llegar tarde al autobús y tendré que suportar los regaños de Madame Klonie y sus lecciones sobre los deberes de los padres, también la predicación acerca de la disciplina y la puntualidad, concluyendo por los principios de la revolución francesa

Paulatinamente la voz se pierde en el vacío. Un pequeño instante y la casa recupera su calma.

Dentro del sueño me pregunto si había penetrado el istmo. Aquel mundo del cual nos hablaba la abuela mientras mostraba su enorme intuición:

“Las señales de una muerte cercana son: los mundos de los muertos y de los vivos se fusionan, se intercambian las visitas, las conversaciones y los regalos como si fuera un ritual corriente. Es un mundo donde conviven todas las razas, las religiones, las creencias y los idiomas. Donde la gente se congrega desnuda y descalza.”

Me he asomado por la ventana del desván. Suavemente el crepúsculo se infiltraba borrando trozo tras trozo la oscuridad del cielo. A lo lejos, se alza una columna de humo en lo alto. Debía de ser de una panadería por el olor de cruasán fresco. Las chimeneas de las casas se levantan sin humo. Nidos de cigüeñas vacíos, antenas de televisión, placas de energía solar sobre los tejados, tejas multicolores adornan las cubiertas de las casas. La casa donde me encuentro se ubica en un barrio lujoso a las afueras de alguna ciudad. Los jardines son amplios y las piscinas grandes.

¡Kuak, kuak! Se despega una bandada de cuervos negros.

Se hizo de día. Una brisa marina fresca me hizo recordar que estaba en pijama. Me metí hacia dentro.

Seguro que el sueño se había alargado esta vez, hasta que mi conciencia se olvidó de devolverme a mi estado normal antes de que amaneciera. Calculé que me había dormido o ausentado cinco horas. Pero una sensación en mi interior me hizo sentir que había estado allí durante años.

Mi concentración se desviaba hacia los objetos de las paredes. La puerta secreta estaba sin cerradura. Me movía sin saber con qué iba a tropezarme. Deambulaba. Una fuerte curiosidad me guiaba.

De repente, sentí una ambigua necesidad de averiguar los senderos de la casa. Pasos firmes me llevaban sin tropezar.

Blanco silencio.

Preocupado por un suceso, el tiempo se entorpeció en mis venas.

El sonido del timbre. Otra vez una fuerte tos y el esfuerzo por sacar la flema. Ruido de pasos y el borbotar del agua que procedían de la ducha. Alguien se bañaba. Los sonidos se repetían en mi interior en vez de repetirse en el espacio...

La voz de un locutor anuncia las noticias de las ocho de la mañana. No podía distinguir las palabras debido al ruido brusco de los utensilios. El continuo repique del teléfono eliminaba todos los demás sonidos. Luego una voz llena de cólera y autoritarismo:

¿Es lógico? Escucha señor, intenta concentrarte conmigo.

-(.....)

-Eres un abogado y sabes mejor que yo que el juez no puede fallar a favor de ella, solamente por haber presentado un informe sobre mi estado psicológico.

-(.....)

-Señor, por favor, déjame aclararte el asunto...

El sonido de una cuchara y el golpeteo de un plato sobre el suelo. El tono de voz revelaba que el interlocutor pronunciaba alguna palabra inapropiada.

-¿Qué es esta mierda? ¿Acaso el juez no sabe que ella es una psiquiatra y al mismo tiempo el adversario? Me impide ver a mis hijos durante diez años con un informe médico indebido, y ahora me quiere echar de la casa.

-(.....)

-Esta casa a cambio de la casa de verano es una parte justa. La casa de verano es más cara puesto que está en una zona turística. Esto es lo que le propuse a ella.

Cada vez que se alzaba la voz y aumentaba la cólera del hombre, crecía la sacudida de la silla de caña que estaba debajo del porche del jardín y el aullido de la perra se hacía más fuerte.

-No renuncio a la casa de mi familia, que se vaya al infierno. ¡Vaya decadencia de la justicia en la época de estos socialistas!

El golpe violento del teléfono hizo que el ruido resonara en la otra parte del jardín.

Golpeo sobre la mesa, pasos frenéticos sobre el suelo. Al mismo tiempo me llegó el grito del hombre desde la otra parte de la casa. Me apresuré hacia la ventana que daba sobre el patio. Mi vista se encontró con una escena extraña. Un hombre totalmente desnudo corriendo perseguido por la perra a la cual gritaba y hablaba:

-¿Qué quieres Ermine? ¿Los hijos? Ya los tienes, hechicera. ¿La casa? Primero debes pasar sobre mi cadáver. Pero antes, me vengaré de ti y todos los que te han incitado contra mí. Conozco a todos tus amigos y teóricos uno, por uno. ¿Qué te crees? ¿Que no me di cuenta del juego desde el principio? Los quemaré a todos empezando por aquel chiflado de Freud...

Una bandada de golondrinas penetra en el patio. Una de ellas choca con el cristal y se cae al suelo

Me asustan las manchas de su sangre.

Con la pierna coja, el hombre machacaba al pájaro muerto.

Su rostro se enciende de ira, sus venas yugulares se hinchan, se inclina para recoger la paja y las hojas secas de los árboles tirándolas en la barbacoa. Aparecen otras cicatrices en su tobillo y huellas de arterias. Delira con una voz cercana a los gritos:

-No dejaré a nadie. Ya te advertí. Excepto la casa, Ermine.

Desapareció en el interior de donde regresó con unos libros viejos. Vertió gasolina y encendió el fuego:

- Te enseñaré lo que voy a hacer con esos hijos de puta.

Tiraba los libros uno por uno, como si estuviera recitando una oración fúnebre para sus autores, repetía las teorías de cada uno.

(.....)

¿Qué es lo que saben estos arrogantes del alma humana? He traicionado, sí, pocas veces. Fueron meras aventuras ¿y qué? De cualquier manera, todos somos infieles ¿Y desde cuándo la infidelidad es una enfermedad o locura?

De entre los libros sacaba dibujos y cartas que rompía y cuyos pedazos arrojaba al fuego:

-¿Qué hacía tu amigo el pintor afeminado enviándote cartas de amor, sino traicionando? Se lo diré a su esposa, lo publicaré en los periódicos y haré de él un enano delante de todo el mundo. Le quemaré junto a su taller, romperé sus dedos hasta que no pueda sostener el pincel para dibujar a las esposas de los demás. ¿Acaso cree que los colores ocultan la infidelidad? Cualquier creación es una infidelidad aunque sea sobre el papel.

Se suena y extrae mocos de su nariz.

Se detuvo a contemplar el fuego.

Ahora puedo verle claramente con la luz del día. El mismo hombre que había encontrado en el aeropuerto de Omán y el mismo que vi con aquella débil mujer en la cama, en esta casa, en algún sueño. Pero ahora puedo distinguir sus rasgos con precisión. Un cincuentón, un hombre de cabellos canosos y ligera barba blanca, ojos estrechos y párpados hinchados, nariz perfecta, labios secos. De estatura mediana y vientre prominente. Rastrros de una operación quirúrgica en la parte izquierda, desde el estomago hasta el pecho, venas marcadas, muchas cicatrices. Hombre de pecho brazos peludos, de rasgos árabes y europeos. De aire cansado con muchas arrugas alrededor de los ojos que delatan fuertes dolores que devoraron su juventud acelerando la vejez.

No he podido imaginar aquel hombre desnudo, de actitudes extrañas con vestido de médico tal como consta en las recetas sobre escritorio. Con sus manos duras y uñas sucias parece un albañil o un campesino...

Cual si hubiera recordado el resto de la conversación:

-¡Oye estúpida! No dejaré a su esposa por ti, no se casará contigo por una simple razón: no eres de su estirpe. La sangre y la raza, Ermine. Tú no sabes lo que significa no tener sangre azul o sin color, es decir, vivir sin patria, sin hogar y sin hombre que te cuide. ¡Pena me das! ¡Pena me das!

Y susurrando a sí mismo:

-Nadie te dará lo que yo te ofrezco. Nadie te invitará a que formes parte de su vida. Tu relación con ellos no durará más que unas citas y te dejarán. Es

fácil ser tinta sobre el papel o un dibujo de colores, pero nadie te hará sentir una persona de carne y sangre. De esta alberca podrida llamada entorno artístico, saldrás herida llevando todas las decepciones de la vida.

Luego levantó su cabeza hacia el cielo implorando:

-¡Oh Dios! Te ruego que arrojes a esta loca a tu infierno eterno para que saboree el dolor de la separación y que se pudra en la soledad.

*En aquel instante distinguí una cicatriz en forma de luna en la frente del lado izquierdo. Su aspecto sugería una antigua caída o golpe fuerte. Aquel suceso le había causado la pérdida de una parte de su fuerza mental, me pregunté. Supongo que fue un accidente que le tuvo preso un cierto periodo de su vida y tuvo el mismo destino que el protagonista de la película tailandesa *La temporada de la guayaba*, si mal no recuerdo.*

Existe una fuerte semejanza entre los dos hombres. Mi sexto sentido me hizo relacionarlos.

A los trece años Hoa perdió sus facultades mentales al caer de un árbol de la guayaba en el jardín. Desde entonces se detuvo el tiempo para él. Creía que aun vivía en el hogar de su infancia que fue nacionalizado por el estado y arrebatado de su familia. Cada vez que la fruta de la guayaba maduraba, penetraba en la casa y recibía una fuerte paliza por parte de los nuevos propietarios, exponiendo a su hermana a interrogatorios en la comisaria.

El hombre de la casa también tiene los rasgos de un hombre enfermo más que de un médico.

Quizás me equivoque. De costumbre exagero los sucesos y la conclusión resulta ser exagerada, excesiva.

-¡Juan, Juan! ¿Estás bien?

Una voz cansada de mujer llamando desde el jardín trasero.

En un cerrar y abrir de ojos, el hombre se despertó recuperando la calma. Se secó la boca y entró a la casa.

Me dirigí hacia la otra ventana que daba al jardín de donde procedía la llamada, al mismo tiempo salió el hombre vestido con una túnica azul marroquí o argelina, pero descalzo.

-Sí... ahora voy.

Detrás de la alambrada, entre los árboles, estaba una mujer de unos sesenta años con cara redonda y sonriente. Llevaba un sombrero y guantes para protegerse de las espinas. Tenía unas tijeras de podar para cortar las ramas.

-¿Estás bien? Oía tus gritos.

-Era la maldita perra otra vez.

-¡Cuantas veces te he dicho que la llesves al veterinario! Quizás tenga diarrea. Cuando te ausentas de la casa, la perra tiene hambre y come los restos de la comida. ¿Por qué tratas así a una perra yuki?

Interrumpió a la mujer:

-Si fuera perro, se habría comportado mejor. Maldita.

-Cada vez que hablas de una hembra, dudo de la pureza de tu sangre.

-¿Estás seguro de que tu madre era honrada? ¿Acaso no tenía una relación con un hombre árabe?- dijo con burla mezclada de racismo-

El hombre se quedó confuso. La vecina se dio cuenta y cambió el rumbo de la conversación:

-¿Has terminado de limpiar la piscina?

-Sí, la he limpiado hace tiempo e hice funcionar la bomba de agua esta tarde. Estará llena mañana, si no falla la bomba. También he abrigado la mesa y las sillas y puse las hamacas en el jardín. Espero que todo esté listo para el fin de semana. A los niños les gusta comer el domingo cerca de la piscina. Elene no se cansa de bañarse aunque estemos en la mesa comiendo. Hago todo lo posible para que coma, está muy débil y su rostro muy pálido. ¿Te acuerdas cuando era niña? En cierta ocasión en que estábamos distraídos salió de su habitación a gatas y se cayó en la piscina. Si no hubiera salido a tiempo, se hubiera ahogado. Días después puse una valla alrededor de la piscina.

-¡Juan, Juan!

Como si estuviera despertando a alguien, la mujer insistió:

-Los niños ya no son niños, sino un hombre y dos mujeres.

Volviendo a podar las ramas, la mujer suspiró profundamente:

-¡Oh, querido Juan! Ojalá tus bondadosos padres hubieran muerto antes de que te alcanzase el delirio. ¿Quién hubiera pensado que veinte años después, los niños y la esposa se infiltrarían a través de las grietas de la vida y que se parase tu tiempo de esta horrible forma?

El hombre se echó sobre un balancín de dos plazas. Saltó la perra y se sentó a su lado.

Cariñosamente acarició la perra, y cual si hubiera rectificado:

-La ingratitud de los hijos es la tragedia del siglo. Es verdad que se han alejado y cada vez que se hace más larga la separación. Esta casa se está convirtiendo en una densa selva. ¡Quizás no vuelvan pronto! Me da igual. Pero están presentes en los proyectos del futuro. Puede que lleguen los nietos... Y no hay que olvidar que su madre les ha incitado a odiarme. Ellos no tienen la culpa.

Desapareció dentro de la casa perseguido por la perra, mientras que la mecedora se quedó balanceándose a ritmo monótono debajo del porche, sin que cayera el bastón de madera de ébano sobre ella.

¿Quién trajo esta silla del desván y sacó al genio de la botella?

Se escuchaba el cerrar de la puerta exterior. La perra volvió a sentarse junto a la silla. Levantaba su cabeza hacia la ventana, hacia donde yo me asomaba. Me miraba con familiaridad, como si me conociera, como, si fuera uno de los habitantes de la casa. Siempre ladraba al ver a un extraño, incluso al oír el timbre de la casa o del teléfono. Antes, me miraba con extrañeza, con una mirada que casi pronunciara "Te conozco"

Nunca la vi atada, sino siempre paseando libremente en todos los cuartos de la casa. Dormía en los sofás y camas, hasta el punto de que creía que era la única dueña de la casa.

Se sacude el agua del cuerpo y duerme plácidamente.

Hace calor. El sol ilumina los tejados y los árboles. El cerezo está en su esplendor. Estamos entre el veinte de marzo y el diez de abril, es cuando florece éste árbol.

En vez de descender a la planta baja, subí el desván. La puerta pequeña dibujada en la pared me llamaba la atención. Volví a abrirla. No era la puerta de un armario sino la de unas escaleras que bajaban hacia la despensa contigua a la cocina, camuflada con un generador, trapos y ollas de metal oxidado, fregonas, escobas y aspiradoras.

La casa parece más grande de lo que una sola persona puede necesitar. ¿Porqué los dueños necesitan tantas ventanas, puertas y escaleras?

Bajé las escaleras con precaución, hasta encontrarme en una cocina abierta sobre el patio y el jardín. Todas las habitaciones de esta casa están abiertas, excepto el desván, y con tantas puertas y corredores, la casa se convierte en un laberinto sin salida para cualquier extraño.

Polvo en todas partes.

La diversidad de todo lo que hay en la cocina -y los muebles de la casa- no deja posibilidad de precisar a qué época pertenecen. Al lado de las máquinas eléctricas: lavadora, máquina de café, horno, sartén a presión..., hay enseres muy antiguos: una vasija con bordes carcomidos, tamiz, tetera marroquí, tajine de barro, ollas viejas de cobre, cafetera turca, molinillo de café de madera, almirez de bronce, cerámica con dibujos jordanos y sirios.

Espicias árabes caducadas. Miel de Siria. Aceite de oliva de Túnez. Dátiles de Argelia. Aceite de argan de Marruecos. Tomillo salvaje de Haifa. Ristras de ajo colgadas sobre el horno. Latas de alubias, garbanzos y habas.

Sobre la puerta de la nevera oxidada había dibujos de niños, un calendario semanal de comidas y tres mariposas de colores colgadas con un imán. No había dentro de la nevera más que algunos productos sin azúcar y botellas de regaliz y tequila mexicano.

El congelador estaba totalmente vacío.

Sobre la estantería hay una caja de cerámica conteniendo algunos billetes y una moneda de franco francés.

En el cajón de abajo, donde normalmente se guardan las cucharas, tenedores, cuchillos y servilletas, hay talones de cheques en blanco y una tarjeta de identidad a nombre de Juan Rodríguez Omeya, nacido en 1910, sin fijar el día y el mes. Lugar de nacimiento: Argelia.

Matemáticamente, el dueño del documento debería sobrepasar los cien años. Pero el hombre que acababa de salir de la casa esta mañana no sobrepasaba los cincuenta años. Además, ¿por qué se guardan documentos tan importantes en un armario de la cocina?

En el centro de la cocina hay un comedor con seis sillas de hierro (fer forgé) y su superficie está formada por mosaicos azules y blancos. Un florero con espigas secas ocupa el centro.

Una pequeña radio. Los dos presidentes franceses Valery Giscard D'Estaing y François Mitterrand en el Champ Elysée durante la ceremonia de entrega de poderes son portada de la revista Paris Match. El diario El País abierto sobre un artículo titulado "La banda terrorista ETA amenaza con continuar la violencia". Un recorte del periódico Le Monde titulado: "La manifestación de los argelinos en Place de la Mairie acaba con varias víctimas". Al final de la pagina y con letras pequeñas: "Fiscalía general mantiene bajo reserva al médico que intentó quemar su casa"...

Recetas y facturas de gas y electricidad a nombre de Juan Rodríguez Omeya debajo de un cenicero de cristal. Todos los papeles de la casa están amarillentos, corroídos, con letras desvaídas.

Un delantal colgado sobre una silla huele a muerte.

Detrás del cristal de la cocina, el pasaje cubierto del jardín se ve con claridad después de haberse diluido la sombra de la mañana. La perra ha cambiado de lugar lejos de los rayos de sol, también la mecedora cambió de lugar y dejó de moverse.

Era una escena normal de una perra que duerme al lado de su dueño a la hora de la siesta.

En el interior, el olor a nicotina apesta.

El dormitorio es la primera habitación al final de las escaleras, a la derecha. Tiene más de una puerta. La primera abierta sobre el salón, la segunda sobre el corredor que lleva hacia el cuarto de baño y la tercera directamente hacia el jardín. Dentro de la habitación hay una puerta del cuarto de baño y otra puerta que parece la de un armario de pared. Un ropero de pino. Lo abrí y me invadió un olor a espliego. Ropa femenina colgada con delicadeza. Vestidos clásicos, camisetas, chaquetas, y un valioso abrigo de cuero. Todos de talla 40.

¿Toda esta ropa era de la divorciada, de la dueña de la carta o de la madre?

Seguro que es la talla de la mujer de las fotos del álbum. Abajo del ropero hay una fila de zapatos bien lustrados de talla 39. No podía resistir las ganas de tocar el vestido negro incrustado de abalorios amarillos y el broche de oro en forma de mariposa. Acerqué el vestido a mi cuerpo para ver cómo me quedaba. Olía a un perfume que conocía, Chanel 5. Devolví el vestido a su sitio cerrando la puerta mientras me preguntaba: Puesto que la mujer se fue de la casa hace ya nueve años según la conversación telefónica entre el hombre y el abogado, entonces ¿por qué guarda su ropa todo este tiempo? Supongamos que espera su regreso. ¿Por qué guarda los vestidos de los niños que ya son mayores?

Me espantó el desorden de la habitación. Grietas en la pared y cristales rotos. Sábanas y mantas impregnadas de olor a cigarrillos dejadas caer en el

suelo con descuido, camisas que desprendían un fuerte olor a sudor, pantalones colgados de forma desordenada, cinturones y cintas que no sabía para qué servían. Sobre la cómoda había una caja de bisutería y pequeños regalos de cristal.

Había ceniceros por todas partes. De tantas colillas tiradas en el suelo, parecía que el hombre fumaba más de un paquete de tabaco marca Gitanes. Es lo que justificaba la voz jadeante y la tos continua. Si añadimos a eso su obesidad, es lógico que sufra dificultades respiratorias.

La cama es ancha con bordes inclinados, con un bulto en el centro. Parece ser un lecho para dos cuerpos discordantes. Manta vieja y una mancha de sangre. Sabana desgastada, manchas marrones y almohadas amarillentas.

Dos cómodas laterales, una mascarilla y una botella de oxígeno sobre la de la derecha. Tiene tres cajones y sobre ella hay una lámpara dorada. En la cabecera de la cama están colocadas bombillas de colores.

Abrí el primer cajón. Dentro había condones, pomadas, cortaúñas y una navaja suiza. Los otros cajones estaban repletos de medicamentos. Parecía que el dueño de la casa padecía varias enfermedades: medicinas para la próstata, hepatitis, depresión, hipertensión, tiroides y una decena de agujas y vendas.

El cuarto de baño casi formaba parte del dormitorio. Era amplio con bañera, ducha, dos lavabos, debajo de uno estaba escrito: “Fuera de servicio”. Sobre ellos había estanterías de cristal con jabones, botellas de champú, cremas para la piel y esponjas de diferentes tamaños. Todos los productos llevaban nombres de hoteles internacionales. Una máquina de afeitar al lado de una navaja de afeitar clásica y oxidada. Cepillos de dientes desgastados. Vestidos viejos. No había presencia de mujer en el cuarto de baño.

La casa no tenía espejos.

A pesar de que la casa tenía muros y verjas, para mí era un espacio sin fin, difícil de abarcar aunque pasaras años dentro.

Puede que sea una reacción natural de un cuerpo encontrado en dos espacios diferentes y un solo tiempo.

Si no fuera por este sentimiento, que es sentirme presa en esta casa de una forma u otra, la casa hubiera sido una habitación abierta sobre su espacio. Las ventanas y puertas nunca se cierran. Siempre hay una puerta que se abre sobre otra y así sucesivamente.

Toda la casa es un extraño museo para cuadros y objetos de muchos lugares, tiempos y pueblos diferentes. A la derecha de la entrada, hay una cesta de Hyphaene donde se amontonan paraguas de todos los colores y tamaños. Dos bastones, uno de ébano y otro de madera de alnus con mango de marfil. Alfanje de Yemen con vaina de cuero incrustado con piedras de colores. Galones alineados sobre estanterías de mármol. Incluso las mamparas antiguas están colgadas de cuerpos de puro bronce tallado y

esculpido, muchas máscaras africanas y mexicanas negras de varios tamaños, algunas están colgadas de la pared y otras distribuidas sobre las mesas.

Me sobrevino un sentimiento de alerta. Durante un instante me puse nerviosa y crecieron mis sospechas. Las hermosas máscaras se convirtieron en ojos que me asediaban, preguntándose qué hago en un sitio que no me pertenecía. Es un lugar extraño y contradictorio, semejante a una casa de locos.

En un lugar distinguido de la pared, frente a la entrada, luce un retrato del dueño, expuesto de forma atrayente que recibe a todo el que entra en la casa. Por primera vez se me permite contemplar de cerca los rasgos del hombre. Aunque la foto estaba cubierta de polvo y llevaba una mascarilla quirúrgica. Su rostro me era familiar y me hizo pensar en posibles equívocos con la primera impresión de persona autoritaria que había formado de él.

Era un rostro pacífico o entregado totalmente a algún destino. Un toque de ternura iluminaba su rostro triste y ojos casi lagrimosos. Parecía un hombre tímido, desconfiado de sí mismo.

¿Pero a quien dirigía esta mirada suplicante?

A pesar de todo, no me abandonaba la idea de que no se podía confiar en él y que su vida y todo lo que se refería a él era una gran mentira.

Por fin me encuentro en un patio al borde de la piscina.

El sol estaba en su cenit. Me detuve un instante antes de acostumbrarme al brillo de luz que lavaba mi rostro y alma del olor a rancio de la casa. El perfume de vegetación alertaba mis sentidos por el encuentro de la hierba.

Sombras se proyectan en las cortinas de la planta de arriba.

La fachada de la casa está hecha de un muro de casi dos metros, y una valla oxidada, apenas separa el jardín de la casa de los demás jardines colindantes.

La casa tiene estilo mediterráneo. Yeso ornamentado, azulejos, tejas y pintura azul y blanca. Una fuente de pared de mosaico, escultura de la cabeza de un hombre con boca grande de la cual emana el agua con un letrero debajo escrito en francés: “Esta es la boca de la verdad”. Lámparas colgadas de árboles. Macetas en el alfeizar de las ventanas con plantas marchitas. Estatuas de piedra caliza de niños con alas y mujeres desnudas. Una gran piscina vallada. Una hamaca colgada de dos pilares en un rincón apartado. Todo aquello remite a las casas del Sur de España, o de Francia, pero a punto de derrumbarse. Las tuberías de desagüe están desgastadas, grietas en el techo, la pared exterior de adobe blanco pierde su color a causa de la lluvia y del sol. Paredes invadidas por la enredadera y plantas silvestres. La bomba de agua funciona, pero la piscina está vacía y su fondo está lleno de algas y charcas donde saltan las ranas verdes.

Entre las grietas del techo y las tejas anidan las golondrinas.

A la altura de un metro hay una gran grieta en la pared que abre paso a una pequeña vid que apenas tiene tres ramas verdes. Me entraron escalofríos viéndola surgir de la pared.

“Las plantas también están poseídas”, decía la abuela.

Había una vid cerca del pozo en el centro del patio de la casa de mi abuela; daba frutos negros, raros, con el tamaño de una palma. Cuando estaba madura, se dividía en dos partes enseñando un color rojo delicioso. Pero la abuela decidió prohibirla. Impedía a todos que intentaran recogerla o comerla. Era el árbol del pozo poseído. Quien come una sola fruta se convierte en cuerpo con siete almas endemoniadas. Las almas penetraban en el cuerpo a través de la fruta de aquel árbol.

La hierba silvestre invade el jardín descuidado o ¿quizás su tierra no responde a la atención y a la vida! El espliego resistente entre agujeros, cuadros de azulejos arrancados, puerta de hierro oxidada, ventanas desvencijadas y cristales rotos, restos de verdura exhalan malos olores... Un pozo con tapa de cemento.

Hace tiempo que nadie cuidaba de este lugar. Seguramente era un bonito sitio hace más de medio siglo y fue construido por una familia distinguida, rica y de buen gusto.

Pero, ¿porqué todo me parece ficticio, irreal y sin alma, como si fuera una casa de muñecas?

Tengo algo en común con esta casa. Ambos nos refugiamos en la soledad y el silencio. Las superficies de sombra en sus rincones, se parecen a las que identifican mi alma.

Cada uno de nosotros, intenta olvidar en vano su pasado, o lo que se ha desgastado en la memoria.

Como si la casa fuera mi cuerpo. Me horroriza la idea. Intento mover el brazo para eludir aquella espantosa imagen, pero está hecho de cemento y mi corazón late como un reloj...]

El ruido de la aspiradora que provenía del patio me despertó aturdida.

Recuperé el sentido con relación a este espacio. Eran las ocho y media. La luz llenaba la habitación. Las sábanas negras eran más negras con el roce de la luz del día.

Dormía con toda mi ropa. Me di cuenta de que debería salir del hotel, para no perder la oportunidad de visitar los museos tal como perdí el paseo de anoche.

El día en Madrid pasó como yo planeaba: tomé el metro hasta la estación Atocha. De forma fugaz visité el Museo Reina Sofía, el Museo Thyssen-Bornemisza y luego el Museo del Prado. En el camino, pasando por el Paseo del Prado contemplé los escaparates de las librerías. La novela de Isabel Allende *La isla bajo el mar* encabezaba las nuevas ediciones. Detrás de los cristales estaban los carteles que anunciaban la publicación.

Busqué en mis bolsillos: veinte cinco euros eran suficientes para adquirir una edición de lujo. Compré el libro sin titubear. Me esperaba mucho tiempo en las estaciones y aeropuertos.

Después de media tarde, entré en un restaurante, me acomodé en una mesa apartada, y pedí un plato de tapas. Esperando la comida, me entretuve contemplando a los turistas mientras ojeaban la guía turística. A cada uno de ellos le asignaba una historia según su fisonomía y atuendo. A uno le otorgué la personalidad de un artista por su pelo largo y en otra veía a una mujer perdida de tanto lanzar miradas a derecha y a izquierda. Otro, consultaba su reloj quejándose, concentrado en la puerta del restaurante esperando la llegada de alguna mujer que no vendría.

Una mujer de enorme elegancia, que no parece una turista, sino una residente de la inmensa Madrid. A veces se le caía de la mano el tenedor y otras la cuchara o el cuchillo. Arreglaba su cabello y se le caía el peine. Reordena su maquillaje y se le caía el lápiz de labios rojo. Estaba convencida de que se había deslizado por la gélida soledad y buscaba el calor pasajero de la multitud. Miré a la mesa de al lado. Había un hombre de unos cincuenta años dando de comer con el tenedor a su acompañante rubia, susurrando en su oído jovialmente: “Algún día te llevaré lejos y viviremos juntos”. Sin prestar atención, la rubia miraba lejos, a un payaso que actuaba con su grupo en la acera de enfrente. Quizás había oído aquella frase demasiadas veces y estaba inmunizada de la amargura del amor. Sabía que cuando un hombre se despide así era señal de que nunca lo volvería a ver.

De prisa, dediqué atención al plato de comida que tenía delante.

Las cinco de la tarde, en la puerta del hotel, el botones francés con su chaqueta gris cuya cara estaba llena de pecas, me entregó mi equipaje, deseándome un buen viaje y esperando mi regreso al hotel por tercera vez. Con precisión recordaba mi última visita con un grupo de escritores árabes. Su memoria era mejor que la de una computadora. Se acordaba de los nombres y de las caras que pasaron por el hotel, incluso de la fecha. Al hablarle en francés, se alegró de conversar de vez en cuando con su lengua materna con los clientes. Era un campesino de Normandía, y se sentía extraño entre sus colegas españoles.

El aeropuerto de Barajas hervía de viajeros, especialmente la Terminal 4. En ese preciso día empezaban las fiestas de Semana Santa.

Tenía que aguantar estoicamente la larga cola del mostrador de facturación, antes de abordar mi vuelo Madrid/San José. La mayor parte de los viajeros eran latinoamericanos y venían cargados de regalos. ¡Quizás hayan gastado el sueldo de todo un mes para pagar el billete de ida y vuelta hacia su país natal!

Me puse de puntillas estirando el cuello hacia el mostrador para calcular el tiempo de espera. Entonces, le vislumbré en la fila de al lado, a unos metros de mí. Estaba esperando su turno para facturar su equipaje en el vuelo Madrid/Paris. Pelo rapado, sin barba, vestido con abrigo caqui, pantalón vaquero y una mochila. Llevaba en la mano una guía turística de Madrid.

Hasta el momento no podía entender aquel sentimiento, que su presencia en el aeropuerto, en aquel preciso momento era normal; inclusive no dudaba en su personalidad o parecido al dueño de la casa de la noche. Al mismo tiempo, algo esencial que no pude entender, hizo de él otro hombre, diferente.

Dudé en alcanzarle, aún me quedaba bastante tiempo para embarcar. Si dejaba mi turno en la cola, debería volver de nuevo al final de la misma y esperar otra hora antes de alcanzar el mostrador.

Le seguí vigilando para que no se me escapara. Ambos estábamos en la misma posición, pero cada uno en su cola. Parecía estresado, inquieto, como si los lugares públicos le molestasen, evitaba hablar con el hombre que estaba a su lado o contactar a la mujer que le adelantaba. Cada vez que avanzaba la cola, empujaba su maletín con el pie sin inclinarse. En determinado momento, sacó una hamburguesa de su mochila y la devoró en dos bocados.

Entregué mi maleta, cogí mi billete y al darme la vuelta, él había desaparecido entre la muchedumbre.

Eché a correr como una loca. En vez de tomar el ascensor me dirigí hacia las escaleras que llevaban a la segunda planta, como si perdiera mi avión. ¡O al menos eso pensarían los que tropezaban conmigo!

Según el panel de información, el acceso a la aeronave de París se realizaba a través de la puerta de embarque M, y el mío en la S. Estaban en la misma dirección. Deberíamos coger el mismo tren que llevaba hacia la estación 4S.

Durante los cinco minutos, que duraba el trayecto entre las dos estaciones en tren, busqué en vano entre los rostros de los viajeros. Al llegar, le vi subir las escaleras hacia la puerta M. Pasos fugitivos, cojeaba, adelantaba las filas como si alguien lo persiguiera.

Me deslicé entre las colas para estar cerca de la policía de aduanas. De nuevo quedamos separados. Le vi en la cola de enfrente, exclusiva para ciudadanos de la Unión Europea que pasaban como flechas, mientras que nosotros, los de otras

nacionalidades, nos quedábamos bajo la bendición del policía que estudiaba los pasaportes, los visados, el color de la piel y el pelo, durante bastante tiempo antes de permitirnos pasar.

El policía examinó todas las páginas de mi pasaporte. Contempló la foto del documento y se detuvo ante la profesión *Ecrivaine*. La pronunció con la erre española, con mucha provocación. Al mismo tiempo examinó el anterior visado.

-Viajas mucho.

No supe si era una pregunta o una observación. Pensaba en cómo alcanzar al hombre.

-De vez en cuando participo en conferencias de poesía y encuentros culturales -contesté.

-No conozco a tantos poetas españoles que habían salido del pueblo -comentó mientras sellaba.

Enfurecida, elaboré una rápida traducción del poeta Charles Bukowski:

-Dios ha creado muchos poetas, pero muy poca poesía -le contesté irónicamente.

En el control de aduanas me hicieron descalzarme. Estaba preocupada por el hombre y tuve la impresión de estar distraída y confundida. Con dudas, la mujer policía señaló a mi bolso, lo abrí, se dispersaron los papeles y todo lo que llevaba dentro. Un tanto confundida, recogí mis cosas y me dirigí hacia la sala de embarque M26 reservada para el vuelo hacia París. Eran las siete. Resoplaba y repartía excusas entre los viajeros con los que tropezaba.

Al llegar, la sala estaba vacía y la voz de la azafata emitía el último aviso “Señor Juan Rodrigo Omeya debe embarcar en el avión, vuelo 225 a París”.

Me senté en un banco que estaba cerca. Sentí una profunda satisfacción. ¡Quizás llegue dentro de unos segundos, no puede perder su vuelo! Unos minutos después, se apagó el panel de información, la azafata recogió sus papeles cerrando la puerta del corredor que conducía a la aeronave y se fue.

Antes de que yo perdiera mi vuelo, recogí mis cosas que andaban dispersas y contemplé de nuevo la pantalla. Faltaba una hora y media para mi vuelo. Arrastraba mi maleta, mi decepción y mis preguntas sin resolver.

Debía recorrer un largo pasillo y pasar por muchas puertas antes de llegar a la puerta S3. Me volví a mirar a la derecha: detrás del cristal, y al otro lado de la barrera de control, y le vi abrazando a una mujer. No distinguí de ella más que una espalda recta, pelo oscuro trenzado hacia atrás y su baja estatura. La besaba y sujetaba por los hombros cada vez que intentaba escaparse de él. La mujer parecía enfadada. El rostro del hombre estaba congestionado, los movimientos de sus manos eran de súplica y ruego. Acariciaba su pelo y sus mejillas mientras que la mujer señalaba un papel de su mano rehusando sus besos. La acercaba a su cuerpo mientras que ella se alejaba. De repente, la mujer se calmó, bajó los hombros, inclinó su cabeza hacia adelante cubriendo su cara con la mano, y su cuerpo se estremeció. Estaba llorando.

Una escena que indicaba que algo había llegado a su fin.

¿Quién es esta mujer? ¿Era la esposa? ¿Era aquella que le había acompañado durante el vuelo Madrid/ Omán? Intenté compararla con la pequeña mujer que vi en su cama durante algún sueño. Existe una posibilidad de que haya sido ella, pero le distancia y el cristal grueso me impidieron descubrir en detalle sus rasgos.

La acalorada disputa llamó la atención de los viajeros y los empleados del aeropuerto. Esperaba con ansia el final de la escena, que su corpulento cuerpo atravesase el cristal que nos separaba sin que se rompiese, tal como penetraba su alma los velos de mi sueño y me llevaba en viajes fantásticos a través de los corredores de la casa.

Me he calmado. ¿Por qué persigo a este hombre intentando alterar un destino abocado a su fin?, me pregunté rendida. Si el mismo hombre se burlaba y escondía para no formar parte de la realidad ¿Porqué le llevo a su pesar hacia la luz? Humanamente, al menos podemos respetar su deseo de dirigirse hacia la oscuridad, o ¿quizás es un hombre muerto cuya pena de ejecución está en suspenso!

Muchas veces la huida es un prueba personal para saber si somos capaces de convertir el pasado en un tiempo inexistente. Yo misma no estoy presa de una persona, sino de una casa.

Llegué a la conclusión de que debía acabar esta persecución, en este aeropuerto, precisamente ante esta escena. Los aeropuertos son lugares idóneos para los finales. Pero la curiosidad humana es más fuerte que las decisiones, lo que me incitó al placer de la búsqueda y no del hallazgo. Titubeé antes de continuar mi camino.

No me quedaba mucho tiempo. Había un avión esperándome.

Durante el deceso, disponemos de bastante tiempo para arrepentirnos y lamentarnos.

“La ausencia tenía efectos indelebles. Los rostros se desdibujaban en la borrosa sustancia de los recuerdos. A veces me preguntaba si aquellas personas habrían existido realmente. La nostalgia lograba cubrirlos de ropajes míticos y extraños. El tiempo tramposo ocultaba tras su neblina el pasado, lo rendía inexistente, lo asociaba en la mente a la imaginación o los sueños.”

Cerré la novela que estaba en mis manos, *La mujer habitada* de la escritora nicaragüense, Gioconda Belli. Me dirigí hacia la puerta 23. La azafata anunciaba la hora de embarcar en el avión, destino San José, vuelo 555.

AICHA, LA CHILENA

El final está allí donde empezamos
T.S Eliot

Me ha agotado contemplar la pantalla y perseguir los rayos rojos y oscilantes. Me fastidia el chasqueo de la máquina que estaba sobre mi cabeza y los latidos del corazón en su interior.

La contemplé. ¿Cuántos corazones ha medido esta máquina? Alguno languideció, otro regresó con velas desgarradas y otro aún está esperando.

Todavía estoy aquí, cual si hubiera pasado un siglo. Cada vez que me despertaba, palpaba mi cuerpo para asegurarme de que aún estaba viva. Algunas mañanas no me fiaba de mis sentidos, gritaba llamando a la enfermera, solamente para oír mi voz.

La mujer que estaba frente a mí me enviaba miradas apagadas. Con el tiempo, supe que no se dirigían a mí, se encontraba inconsciente.

Me inquietaba perder la intimidad, y la enfermera insistía en dejar la cortina abierta. El olor a medicinas y desinfectantes me revolvía el estomago.

El día era largo y el tiempo perdido. Si la esencia del tiempo son las horas, minutos y segundos, pues aquí, en este lugar son las palpitaciones y altibajos en los latidos.

No había ni ventana, ni árbol, ni siquiera un trozo de cielo que me llevara lejos. El lugar tenía más en común con el depósito de cadáveres que con una sala de cuidados intensivos.

La noche era agobiante, a pesar de las visitas que recibía de mis prójimos muertos entre el sueño y la vigilia.

“No es un cuento, el alma de los muertos, sí existe. El espíritu de los muertos se escapa del crematorio y regresan a nosotros.” No me acuerdo quien decía esta frase, ni donde ni cuando la leí. Mi memoria no estaba preparada para tales recuerdos, ni siquiera estaba consciente del todo: ¿Acaso era yo quien iba hacia allá, o ellos quien venían hacia acá?

Mi padre¹¹ era el primer visitante, como me lo imaginaba durante mi infancia, era un joven elegante, bien afeitado. Llevaba un traje negro, camisa blanca de puño luciendo gemelos dorados, y corbata roja. Se sentó al pie de la cama, me contempló, puso su mano sobre mi frente y recitó algunos suras del Corán. Su tierna sonrisa despertó un afecto que yo había ocultado durante años. No me hablaba, pero aun así oí su pregunta:

-¿Le viste?

En aquel entonces no había visto a Dios, pero mi padre había ya alcanzado el nivel de iluminación y había podido verle. No me lo comunicó, lo supe cuando aspiró a pleno pulmón un sorbo de aire y falleció. Lo último que anotó en su diario fue: “Dios es el primer amado, todos los seres vivos le echan de menos y hacia él se dirigen. Dios es la luz de las luces”. Y con letra vacilante al margen: “Termina la carta treinta y siete (la esencia del amor) Ikhwân al-Safâ”. Como si supiera mi respuesta, mi padre se apagó en el opaco de mis ojos.

Mi abuela, por parte de madre, me trajo una gran cesta de pan e insistió en que tomara un trozo. Me negué porque la abuela por parte de padre me había advertido que no cogiera nada durante el sueño de la mano de un muerto, aunque fuera un familiar cercano, porque aquello implicaba una invitación a la muerte. Los muertos también añoran.

La lucidez del rostro de mi abuela ciega me extrañaba; pero no lograba ubicarla en mi memoria, aunque cuando yo era niña, cada mañana ayudaba a mi madre a cuidarla, asearla y peinar su cabello largo después de haberse quedado incapaz de moverse. Cuando dejaba reposar su débil cuerpo sobre mi pecho, me impregnaba el olor a muerte blanca. El mismo olor que emergía en su antigua casa de Fes, cada principio del mes de Chaaban¹². La abuela celebraba una noche para los recitadores del Corán con la presencia de muchos familiares y amigos. De entre los rituales de aquella noche, después de una lujosa cena, la abuela entraba a la alcoba (salón) abriéndose camino entre los presentes, llevando una bolsa de habas secas y tela blanca. Se tendía entre los recitadores de Corán y envolvía su cuerpo en el sudario manteniéndose quieta cual un muerto. Las voces se alzaban recitando el Corán, también el humo con olor agradable de los incensarios. Las luces se apagaban por grados y los niños empezaban a retirarse asustados para esconderse en el desván. Yo no me escapaba como los demás, me escondía tras el pilar que estaba en el centro del patio para que no me descubriesen los mayores. Proseguía la fiesta contemplando los extraños rituales y seguía la mano del recitador mientras cogía las habas secas cada vez que los demás recitadores terminaban una parte

¹¹ Yo soy el padre de la narradora. Creo que no es conveniente que oculte a los lectores su herencia genética. La locura ya no es una mala enfermedad hoy en día, sino el extremo de la creación. Afirmo que durante mis últimos años de vida, fui contagiado de locura. No era una locura completa, sino un inusitado desarrollo de la imaginación y la fantasía. Era un lector voraz, un amante de la investigación y del conocimiento. Algunos me miraban como un loco y otros como un sabio enloquecido por la ciencia. La verdad es que yo, gracias a algún poder, pude descorder los velos y anticipar mi tiempo.

¹² Octavo mes del calendario musulmán.

del Corán Aguantaba hasta el alba, cuando terminaban de leer completo el libro sagrado del Corán.

Sabía de antemano, de tanto repetir la escena durante años, que la abuela después de la invocación final abandonaría el sudario, y cogería un recipiente lleno de habas para que fuera su único desayuno durante los siete días del ayuno. Por la mañana, los niños evitaban tocar la abuela, incluso acercarse a su habitación, mientras yo me refugiaba entre sus brazos cálidos. La muerte de la abuela durante horas, convertía sus brazos en un sitio seguro para la vida.

La silueta de la abuela iba alejándose gradualmente y se apagaban los senderos de la luz.

Mis tías entraban por intervalos, eran más de veinte. No me acordaba de todos los nombres. Parloteaban sobre mi cabeza y discutían sobre los problemas de la familia. Aunque estuviesen en el otro mundo, todavía estaban esperando la respuesta de una pregunta que les había preocupado durante años: ¿Cómo es posible que la criada negra diera a luz a un bebé rubio, sabiendo que mi abuelo también era moreno? Les iba a comunicar que habían dejado la respuesta en la vida donde existe la ciencia de la genética... pero se habían ido sin interesarse por mi interpretación científica.

Chukri¹³ no era tan pesado. Me saludó llamándome Condesa. Estaba seguro que el nombre Aicha Kandicha, es el nombre alterado de Aicha la Condesa.

Luego protestó porque el plato de pollo con cebolla, que le había traído al hospital era muy salado y porque el caldo no estaba en su punto. Pero aun así lo devoró. No es preferible irse hacia la muerte con el estómago vacío.

A media noche, me visitó Mahmud Darwich¹⁴. Puso un ramo de violetas secas sobre el velador. Irónicamente, como siempre, dijo:

-¿No eres tú quien escribió el poema “deseos elegantes”: (Para mi tumba propongo la violeta) La muerte no es tan mala como se supone, puede realizar los deseos.

Y luego, provocador como suele ser:

-Por fin tu compañero se librará de ti.

¹³ Soy Mohamed Chukri, escritor marroquí muy atrevido destapando los tabús. Conocí a la narradora en mis últimos días, es decir, cuando me acerqué a ella. Fui amigo de su familia durante años. Era el mes de Ramadán cuando ella me visitó en el hospital, mientras me curaba de un cáncer. Le pedí que me ayudara a sentarme. Cerca de mí, le pregunté: ¿Estás en ayunas? – claro que sí- me contestó. Tímidamente le rogué: “Necesito un Corán de tamaño pequeño”. Durante la segunda visita, me lo trajo y lo escondí debajo de mi almohada. Al devolvérselo, había olvidado entre sus páginas una hoja escrita con mis manos temblorosas y temerosas de la muerte: “yo era, Como si nunca hubiese existido. Del útero me llevan hacia la tumba. Pero ¡Ojala Dios me hable y me abra sus labios anunciándome que los sabios serán perdonados”

Quizás la narradora es la única que sabe que he muerto como creyente en Dios

¹⁴ Soy el poeta Mahmud Darwich, no hace falta que me presente, todo el mundo sabe que yo soy el pasaporte y el maletín. Viví viajando de un país a otro buscando un lugar digno para mi muerte.

Soy amigo de la familia. Me encontré con la narradora durante un viaje en el aeropuerto de Omán al chocar nuestras maletas. Yo procedía de Paris y ella estaba esperando el vuelo a Beirut. Me extrañé, era la primera vez que encontraba a esta señora sin compañía. Hemos compartido café y bizcochos y nos hemos hecho amigos. Cada vez que nos encontrábamos nos divertíamos.

Le pregunté si aún escribe, y si en el otro mundo también existen los que leen la poesía y las admiradoras.

Se rió a carcajadas:

-Me arrepiento de no haber escrito novelas. Es el género más leído allí, los muertos lo prefieren para pasar el tiempo. La muerte dura mucho y es aburrida, como dormir en las camas de los hospitales. Tu rostro es pálido

-¿Tienes miedo?

-¿De la muerte? No. La muerte en sí no da miedo, sino los senderos que llevan hacia ella. Temo que regresen hacia mí las letras y no pueda reconocerlas, o que mi lengua se cargue de sabor a nada. ¿El poema me devolvería a sus brazos, resistiría la pluma las sacudidas? Además hay una pregunta que me preocupa: ¿Qué es la poesía ante de la muerte?

-¡Aunque...! La poesía es una pequeña eternidad, un pequeño triunfo sobre el deceso, aquí me tienes, aun escucho mi voz con cada sople de viento. No creo que el poema me haya olvidado.

Apoyó su codo sobre la cabecera de la cama, se agachó un poco sobre mí como si me contara un secreto:

-He muerto en verano, como ya sabes, pero yo no me enteré hasta el invierno. A principios de la lluvia, la tierra se puso húmeda a mi alrededor, me ahogué en el agua después de haber esperado tanto a la enfermera americana para que me despertara, o una voz del médico de la sala de cuidados intensivos, para que me reviviera, creyendo que aun me encontraba en el hospital. Días después, dejó de llover, salí a pasear para sacudir la humedad de mis articulaciones, coincidí con mi madre hilando lana cerca del pozo. Fue ella quien me confirmó mi muerte, que era fácil pero repleta de esperas y sorpresas. Hubiera preferido asistir a mi entierro conscientemente.

Comenté:

-Esto le sucede a las personas que mueren en coma. Tu madre era la única que no soportaba tu ausencia, seis meses y unos días después ha seguido tus pasos. Nadie asimiló tu muerte.

Hace dos meses, he visitado tu casa en Omán. Es la misma, nada ha cambiado. Las mariposas que has dejado colgadas en la puerta de la nevera, te mandan saludos...

El silbato de la máquina que estaba frente a mí indicaba presión arterial baja. Grité avisando a la enfermera de turno. La mujer de la cama de enfrente muere por tercera vez, durante esta noche. Agitación. Ruido de un carrito con medicamentos que se dirige hacia la cama. El depósito de cadáveres se llena de médicos y enfermeros. Se despiertan los enfermos. Aumentan los gemidos.

Antes del último suspiro, el electroshock grababa la vida sobre su pecho devolviéndole la vida.

Por la mañana, y como siempre, la mujer se despierta con las mejillas enrojecidas devorando su desayuno. No se había enterado de lo ocurrido.

-¡Ermine, Ermine!

Se asoma la enfermera.

-Ya no oigo los gritos del hombre que ocupaba la cama del rincón ¿Se puso bien y le dieron de alta?

-Por la tarde, la enfermera lo encontró muerto. Sus gritos eran a causa del dolor del deceso mientras imploraba la vida.

Prosiguió la conversación:

-¿Estás cansada de dormir boca arriba? ¿Te cambio de posición?

-No, por favor, solamente controle mi corazón. No te descuides, necesito dormir un rato -dije mientras señalaba a la máquina que controlaba mi pulso.

[...Amplio depósito. Dos filas paralelas de camas blancas. Encima de cada cama una máquina dibujando líneas rojas, emitiendo palpitations oscilantes cual corazones suspendidos. Tanto hombres como mujeres llevan las mismas prendas. Cada uno está de pie junto a la cabecera de su cama, al lado de cada una hay una tumba abierta recién cavada. Una enfermera de color, larga y corpulenta, pelo recogido con un pañuelo blanco, gafas gruesas que apenas dejan ver los ojos. Chispas. Espuma ondeando. Lleva una regla de hierro que mueve acrobáticamente entre sus manos. Pasea entre las camas–tumbas gritando, ordenando y amenazando:

-Debéis limpiar el lugar. Cada uno de vosotros debe poner su cadáver en la tumba y cubrirla con tierra. No quiero rastro de vosotros. Las estadísticas del Ministerio de Sanidad preocupan a los responsables esta semana. La muerte supera la vida. El personal médico no puede limpiar todo el hospital.

Tuve miedo. Dispuse mis labios para hablar, pero se negaban a moverse. Quise, tan solo, avisarla que soy la enferma más grave del depósito de cadáveres, y que he regresado dos veces de la muerte, que no puedo cargar con mi pesado cadáver. Además, fue ella quien me había ordenado no moverme de la cama, para que no se me coagulara la sangre deteniendo el corazón.

Las palabras se quedaron en mi garganta. Todos empezaron a trabajar. Oscurece.

Se levanta el telón de un cementerio¹⁵, que se parece a una pequeña ciudad, con avenidas, callejones, jardines y puertas numeradas. Magníficas sillas de

¹⁵ Mi madre fue una mujer extraña para los habitantes de la ciudad. A finales de los años cincuenta fue nombrada como enfermera en el hospital del pueblo donde conoció a mi padre. Para combatir la soledad, se dirigía al cementerio cada viernes. Se sentaba al lado de la tumba de su madre que murió entre sus brazos a causa de la enfermedad. Recitaba la *SURA AL-FATIHA* y conversaba con mi abuela: le contaba todo lo que ocurría durante la semana. Le contaba sus penas y su soledad, y a veces le pedía resolver algún problema que le preocupaba. Se ponía a llorar. Para mí, el cementerio se convirtió en el tercer espacio después de la casa y del colegio. Un espacio de juego, donde aprender el alfabeto grabado en las lápidas de las tumbas. Me divertía leyendo nombres de los muertos y la fecha de su nacimiento y muerte. Arrancaba las espinas y las malas hierbas. Podaba las flores y regaba la hierba marchita, tal como hacía mi madre en la tumba de mi abuela... Así se creó una intimidad entre

madera para descansar y tomarse algo. Flores en todas partes. Recordé el cementerio de Montparnasse en Paris. Me tranquilicé. ¡Quizás mis muertos me han invitado a un carnaval!

Luego, me puse a excavar las tumbas de mis seres queridos que se habían ido, mientras sacudía el polvo de mi cuerpo. Mientras palpaba las mejillas de mis muertos vibraciones gélidas se filtraban en mi sangre. Pisaba la hierba y se congelaba la sangre de la tierra. Los árboles de la gruta se hinchaban sacudiendo sus hojas con enojo, las recogía y tapaba la desnudez de los cadáveres dispersos.

Me incliné sobre una tumba. Me extrañó lo que había sido escrito sobre la lápida. Su autor conocía el significado de la muerte:

*“No he muerto,
Solamente estoy en la habitación cercana,
Aguardando tu llegada para que vayamos juntos”*

De pronto, le vi sentado al borde de una tumba. Pelo blanco, despeinado y largo. Andrajoso, parece haber envejecido de prisa. Me asombré. ¿Quién le trajo a este lugar incierto?

Como si hubiéramos conversado antes, le pregunté:

-¿Eres el médico Juan Rodrigo Omeya¹⁶, dueño de la gran mansión con el techo de tejas, cuya piscina es enorme, y que se encuentra en algún lugar en alguna parte...?

Movió la cabeza negativamente.

Insistí:

-Te he visto varias veces en aquella casa, durmiendo en el dormitorio, comiendo en la cocina, lustrando los muebles de madera antigua y cuidando tu perra Laika.

Dijo:

-Conozco a una perra que se llama así, pero no conozco el nombre con el cual me llamaste.

-Pero tú, en primavera, estuviste limpiando la piscina preparándola para el verano.

Tartamudeó:

-Pero yo he muerto hace ya un cuarto de siglo. Nací en un gueto y viví con un seudónimo. Quizás te refieras al dueño de ese nombre.

mí y entre los cementerios. Cada vez que visito una ciudad, pregunto por sus cementerios. He visitado a muchos en muchos países de razas y religiones diferentes.

¹⁶ Soy Juan Rodrigo Omeya, número cuatro. He adoptado este nombre para huir de mí alma, que es la maldad y la calamidad. Nadie conoce mi realidad ni mis vidas, tampoco yo. Tuve varios nombres, cada vez que me ponía uno, olvidaba el otro. Probablemente, mi verdadero nombre es Juan Dios Muerte, pero yo prefiero mi último nombre, Juan Rodrigo Omeya. Seguro que la narradora se basó en este nombre para escribir su novela... Mis huidas de una página a otra, cual un cadáver en una novela policiaca, no eran para guardar mi secreto, si no temiendo que lo contado fuera el hielo que conlleva el nudo. Excavar en mi vida es lo mismo que excavar en las vidas de los demás. No exagero diciendo que es una excavación en la vida de la humanidad.

La realidad en todo esto es que nací en un gueto y ahora duermo en el Cementerio de Montparnasse, el corazón de Paris. Mi dirección es: numero 20- Ala 4, en la entrada Sur del cementerio.

El verdadero nombre es anónimo.

-No estoy segura por completo, pero –con perdón- te he vigilado muchas veces desde el desván.

-No te disculpes, no estabas allí por mí, todos necesitamos un desván, para regresar a nosotros mismos y reordenar nuestras vidas.

Se movió un poco en la tumba. Cambió de postura estirando sus piernas. Hubo un hueco y pude leer lo que había en la lápida:

*“Sobre esta tierra,
Dueña de la tierra,
Merece la pena vivir”*

-¿Le conoces? -señalé con el dedo

Contestó:

-Conozco el cementerio palmo a palmo, porque voy y vuelvo a menudo. Mira, allá por ejemplo, en la esquina, ala 6, está la tumba del poeta Charles Pierre Baudelaire. En frente, ala 20, está la tumba de Simone de Beauvoir junto a su compañero Jean-Paul Sartre. A unos metros, ala 26 está Guy de Maupassant, y allí...

Le interrumpí:

-No me refiero a la tumba, si no a su dueño.

-Claro, era un poeta que yo había conocido como enemigo y no un amigo.

-El poeta es un niño pacífico ¿Cómo puedes enemistarte con un niño?

-Personalmente, entre nosotros no había enemistad. Pero su poesía, exactamente su poema, creo que era “Transeúntes” o “Pasajeros entre palabras fugaces”, se refería a mí.

Dejó de hablar, dio unos pasos hacia la tumba abierta entre nosotros.

Le detuve:

-Estás ocupando mi tumba ¿Dónde meteré mi cadáver?

Me miró con ironía, me corrigió:

-¡Lo que queda del cadáver!

Frotó su frente como si estrujara su memoria:

-¡Ah...! Te conozco de una vida anterior, fuiste una de mis pacientes ¿No es verdad? Según recuerdo, padecías de una enfermedad rara: subida de la imaginación en la sangre. He dado muchas conferencias para sensibilizar sobre esta enfermedad en varios países, sobre todo en América Latina. ¿Todavía tomas la medicina que te recomendé? Cada semana te curaba con cargas eléctricas; solamente, para que te libraras de una fantasía llamada casa, y para que te aseguraras que yo no era más que un sueño... y para que te dieras cuenta de que una casa edificada sobre el vacío, no era una casa, aunque tuviera piscina y un techo de ladrillo rojo. ¡Emmm! Pobrecita, Don Quijote mismo, no era tan soñador como tú.

-Perdone, pero no tiene ni punto de comparación, el mismo Cervantes criticó los peligros de la imaginación intentando convencer al lector de que la novela Don Quijote de la Mancha era una realidad y no una ficción.

Bostezaba:

-Tu enfermedad se componía de ficción y miedo. Tener miedo del principio, de las páginas blancas. Un número vacío e insignificante llamado cero, te horrorizaba hasta la muerte. Además, has caído en la trampa, señora. Has confundido la literatura y la realidad, abusando del género masculino. A uno le arrancaste el corazón celosamente, a otro le cortaste la pierna después de guerras que no han tenido lugar, poniéndole una pierna de madera. Te libraste de tu útero para no dar a luz a un varón que te habría traicionado y...

-¡Cuidado! Tú también estas confundiendo entre personas. Me confundes con otra mujer.

-No comprendo.

-Estás hablando de Frida Kahlo, la pintora mexicana.

-Puede ser, pero, incluso en mi inconsciencia, no suelo confundir las cosas, excepto si tienen algo en común. Soy médico. Puede que os parezcáis, o que tú tengas algo de su surrealismo. En un congreso médico en México, me encontré con ella, o quizás oí hablar sobre ella a una de sus amigas. No lo recuerdo bien. Dios no tuvo bastante con dejar coja a aquella pobre mujer, sino que, a la edad de veinte años, aplastó sus huesos entre un autocar y una tranvía, desgarrando su útero. Te sorprenderías si te digo que ella es como yo, de procedencia húngara, cuya familia se trasladó desde Alemania. Su padre nació en Baden Baden, donde yo he nacido. A los dieciocho años, su padre emigró a México, donde adoptó el nombre de Guillermo. Puede que entre la coja y yo exista algún parentesco que-desconozco; o quizás una herencia que compartimos, tal como el gen de la locura -dijo sonriendo.

Noté que utilizábamos un lenguaje que yo ignoraba, pero eso no me preocupaba.

Se acercó a mí, me susurró en el oído, me sobresalté:

-¿Cómo lo sabes? Es extraño, estoy segura de que nunca desvelé ni desvelaré a nadie este secreto, salvo que estuviera enajenada.

-O muerta -agregó-, los muertos no mienten. Solo somos limpios y sinceros en dos estados: el deceso y el amor.

-No tuve otra certeza en el amor, más que la infidelidad, me inquietaba todo, aunque fuera un roce de brisa o un susurro de agua. La infidelidad me enseñó que la duda es la única verdad. Los días me adiestraron, el olvido se tornó en alegría y el recuerdo en pena.

-Ya estás volviendo otra vez al lenguaje melancólico, a la dualidad de la visión. En el túnel me he encontrado a varias como tú: Virginia Woolf, Silvia Plata, Adule Hugo... Mujeres con destino destrozado, pero ellas eran diferentes a ti, han podido detener el dolor y arrojaron la vida al basurero de la muerte. Tú, te has conformado con colgar los errores de la vida sobre un débil perchero, el hombre.

Las duras acusaciones me hicieron llorar. Recuperaba mis fuerzas. No es suficiente escribir, sino también defender lo que escribimos. Insistí:

-Al contrario, fui pacífica y comprensiva con el hombre a pesar de su deslealtad. Incluso me acusaron de apoyarlo traicionando a mi género femenino. Ninguno de mis lectores protestó ¿Acaso alguien acudió a ti? Tú que sabes mucho, ¿alguna de ellas se volvió esquizofrénica después de leer mis libros? Debes asegurarte tu también –si eres real o irreal, sueño o vigilia, muerto o vivo- que mi lengua me pertenece, con la cual creo mi vida y la de los demás de la forma que me conviene...

-Tu defecto, señora, es que has vivido el sueño más que la vida, y hasta el momento desconoces donde te encuentras. Estás perdida entre ambos.

- No es hasta tal punto, cierto que he presentado muchas concesiones a la realidad, pero luego las recuperaba en el sueño.

Se detuvo, rascó su cabello descuidado suelto sobre su hombro.

-Muchas veces te dije que debes tener cuidado con ese estado intermedio. Me basé en mi experiencia personal para curarte. Yo he vivido muerto. Para más precisión, la muerte no es otra existencia, sino un mero pasaje hacia una tercera existencia que no podemos llamar ni vida ni muerte, porque es lo desconocido. No hay algo definitivo, ni la muerte, ni la vida, ni siquiera el después del deceso. Las religiones se esforzaron en dar explicaciones y nombres a aquella tercera existencia, con el objetivo de tranquilizar al alma humana angustiada. Pero existen personas como yo¹⁷ y por alguna causa, quedan atrapadas en el pasillo, el istmo. No son ni muertos ni vivos, pasean de día entre los vivos y por la noche duermen con los muertos.

Violentamente le interrumpí:

-En la otra vida, como dije, y durante las sesiones de terapia, tal como alegas, me advertías de la falsedad de la certeza e insultabas mi fe. Eres tú quien me convenció de que la vida es alterable cual el hombre, no se puede confiar en ella, nunca se puede creer. Tú mismo, ahora, eres una interrogación en los últimos días de mi vida. ¿Cómo puedo fiarme de ti?

-Estaba preparándote para otra vida, pero fuiste débil, cobarde y ridícula. Te han dado un papel secundario en la pieza teatral, que es la vida. Te dio miedo, y echaste a correr hacia la tumba.

-Nunca creí en los milagros, nada ocurre en otoño, entonces ¿por qué arrastrar la vida? No debes olvidar que el cuerpo me traicionó. Mi alma y mi cuerpo estaban enfrentados; mi alma siempre me lanzaba reproches aunque mis pecados fueran pequeños e inocentes. Mi alma era discordante, necesitaba más de un cuerpo para realizarse; mientras que mi cuerpo insistía y protestaba, ambos no estaban conformes. A despecho de mi alma, el cuerpo generaba la muerte en sus propias células, causando gran dolor en el pecho. Me he cansado. Para descansar de la lucha, he llevado a ambos la muerte.

¹⁷“Los hay que se van, los hay que se quedan, y hay otros que no se van ni se quedan. Quizás nunca vinieron. Es su propio secreto que les sigue donde están y donde no estuvieron; porque nada existió antes o después de ellos” (Anónimo).

-Conozco este sentimiento, el remordimiento, la crueldad que ejercemos sobre nosotros, los azotes con los cuales torturamos nuestros cuerpos... Pero esto no justifica tu huida, de tus propias vidas. ¿Te acuerdas de aquel poeta chiflado, Fernando Pessoa? Durante algunas sesiones de terapia, me confesaste que influyó en ti poéticamente, era más valiente que tú, se disfrazó de varias personalidades viviendo sus vidas a pesar de que hubo profunda variedad entre ellas. Cargó con sus heterónimos en silencio. ¿Quién puede soportar a Álvaro de Campos, cuya personalidad nihilista y degenerada lo empujó a dejar a la única mujer de su vida?

Me opuse:

-Esas personalidades no habitaron su cuerpo, sino fue él quien estuvo repartido entre ellas, desalojaba su cuerpo y residía en los demás. No eran accesorios de la vida, sino todos eran el mismo Pessoa. Fue él quien les dio vida y no fueron una carga. Esta es la realidad, por eso, sus lectores creían en él.

-No te dejes engañar, incluso las cosas que hacemos voluntariamente, nos son impuestas de una forma u otra. Pessoa era hábil y convincente, aunque no le había conocido a través de su lenguaje, sino que me llegó atravesando otro, y muchas veces a través de dos.

-Una vez me dijiste: Morar eternamente en nosotros mismos funciona a favor del poeta, pero van en detrimento del novelista.

-No era más que incitar a un género en contra del otro ¿Conociste a Pessoa como novelista? Algún día se encontrarán algunos manuscritos, en algún lugar, entonces el mundo sabrá que aquel hombre débil tuvo heterónimos novelistas también. Yo nunca he conocido a un escritor tan astuto como él.

-¿Y por qué no lo eres tú también para mí, un heterónimo con toda esta ambigüedad que te rodea?

-No es posible, mi vida no se parece a ti.

-Pero, nuestras vidas han coincidido mucho, en la realidad como en el sueño. Además, me he apoyado mucho en ti, no para dar una explicación a la vida, sino para cohesionarla.

-También te aconsejé que deberías asumir que la vida es espontánea antes de empezar alguna batalla, y...

Como si un hilo de conexión se hubiera cortado entre nosotros, el hombre, extrañado, me miró. Estupefacto, abrió su boca. Enseguida se enterró bajo el suelo.

Entonces me di cuenta que me he distraído, entonces recuperé mi lenguaje auténtico que había recuperado al instante.

-Te estaba engañando -gritó una voz desde lejos, un eco que surgía de entre las grietas del suelo.

Un joven de unos treinta años, limpio, calvo, barba negra, kohl en los ojos, cepillando sus dientes con arac, vestido con chilaba blanca. Estaba acostado apoyando su cabeza sobre una lápida. Su voz, transmitía confianza.

Tomé aliento y lo miré fijamente. En la mejilla tenía una cicatriz en forma de luna:

-¿Y quién afirma que eres en realidad? –le pregunté.

-Yo soy el verdadero muerto, llevo un siglo sin pisar la tierra. Cree en los muertos, ellos no mienten.

-No te creo, no te entiendo ¿Cómo puedo, descifrar los talismanes de la vida si mi tiempo está muerto?

-He escuchado vuestra conversación desde que llegaste al cementerio. No quise intervenir entre dos personas saldando cuentas que han quedado en suspenso en la otra vida. Pero recordé: “Quien ve el mal debe cambiarlo con..., si no puede, pues...”

-No había cuentas pendientes entre nosotros. Además, no sé si le había conocido antes.

-¿Puedo explicártelo? -se puso en cuclillas-. Estuviste entre dos mundos, la vida y la muerte y la casa no era más que un túnel entre ellos.

-¿Qué túnel?

-El que te iba a llevar hacia el deceso. Juan. Yo también le conocí con este nombre, aunque no es el suyo. Era el más veterano de los errantes entre los dos mundos, por eso le nombraron guardián del túnel. Su misión era investigar, apoyado en su oficio de psiquiatra. Ha probado tu capacidad de vivir y tu aceptación de la muerte. Menos mal que las enzimas de la vida superaban las de la muerte. Puesto que era tu médico en la otra vida, simpatizó contigo y te devolvió a tu mundo. El pobre, su único defecto era no saber ser imparcial en su oficio; por eso le devolvieron al túnel, y no creo que de allí salga.

-¿Y la casa, el desván, la perra y la mujer de la carta?

-Es lo que estoy intentando explicarte. Juan nunca vivió en aquella casa, le ordenaron vivir en tu sueño mientras ibas hacia allí. Te hizo creer que le estabas vigilando desde el desván, mientras que él te estaba vigilando desde abajo.

-Pero yo no he muerto. No había motivo para morir.

-Según mi diagnóstico, no te mató la ilusión como él quería hacerte creer. Era tu corazón quien estaba acostumbrado al abandono prolongado, no soportó un otoño bullicioso y se le atragantó una gran bocanada de vida.

-¿Tú, quien eres? No te has presentado.

-Yo soy él.

Antes de que mi cerebro estallara, eché a correr para abandonar el sueño/cementerio. Aunque esto sea un sueño, debe de haber una lógica que lo rija.

He pasado entre las tumbas alineadas, hasta encontrarme en un camino lleno de castaños. Tenue luz. Detrás de cada árbol, había una mujer exhibiendo su semidesnudo cuerpo a los transeúntes. Inquieta, me acerqué a una de ellas, le pregunté la calle que conduce al centro de la ciudad.

Amablemente, tiró el cigarrillo, cogió una ramita, se agachó para dibujar en el suelo el mapa de vuelta, trazó una larga línea, me dijo:

-Mira, ahora estamos en la calle Pigalle, debes cruzarla entera, luego tuerce a la izquierda. En la primera avenida, tuerce a la derecha, allí está la estación de metro. Toma la dirección que te convenga.

-Pero, no estoy en París. Estoy en... -balbuceé. Me mareé. Ya no me acuerdo. ¿Dónde estoy?

-No creo que una mujer en tu situación conozca su tiempo -dijo con ironía.

Se encogió de hombros y se acercó a un cliente que se había detenido en su coche rojo...]

Pasos se acercan por el pasillo. Entra el viejo médico, seguido por dos mujeres. Apenas los reconocí. Era la enfermera Ermine y el médico aprendiz.

Desde hace diez días llevo acostada en la misma postura. Me examinó el médico, me tomó el pulso. Se apartó a un lado y habló con el médico aprendiz. Daba explicaciones y contestaba a sus preguntas.

Ermine se agachó sobre mí, susurrándome al oído:

-Durante la noche, mientras te vigilaba, vi una sombra al borde de tu cama, recitando algo en un idioma para mí desconocido. Lloraba con lágrimas que no tenían color. Tú no estabas ni dormida ni despierta, sonreías tranquilamente. No avisé a nadie... Como si le conocieras ¿Le conoces?

-Sí, era la muerte. Vino a anunciarme una muerte sin dolor.

Al darse cuenta del cuerpo tendido a su lado, el médico se acercó a mí y su mano fría se posó sobre mi hombro.

-Bueno, hoy te daremos de alta -me dijo.

Paseé mis ojos entre él y los cables entrelazados alrededor de mi cuerpo, que me ataban directamente a una máquina que estaba a mi espalda y otra encima de mi cabeza.

-¿A casa? -pregunté sorprendida.

El médico sonrió:

-Todavía estás débil, mujer. Abandonarás los cuidados intensivos.

Llevaba diez días en el depósito de la muerte. Ahora me libraban de los cables que ataban mi cuerpo y me trasladan a una habitación individual.

Llegaban constantemente médicos de todas las especialidades a mi blanca habitación, cardiólogo, especialista en gastroenterología y endoscopia digestiva, especialista en sistema respiratorio, especialista en medicina interna, por primera vez descubro esta especialidad. Sometieron todo mi cuerpo a una radioscopia, sacaron no poco de mi sangre y la enviaron a los laboratorios dentro y fuera del país.

Cada uno de ellos tenía sus pronósticos, pero estuvieron de acuerdo sobre tres puntos: el nombre de la enfermedad que nunca había escuchado. Las causas, no son muy claras. Nadie podía determinar las causas directas. Todos los factores estaban dormidos en los genes desde el nacimiento, esperando solamente una

causa para que se despertaran. Estuvieron de acuerdo en que el largo viaje fue la gota que colmó el vaso, con una mínima implicación de las pastillas anticonceptivas.

Era la primera pregunta que me hicieron los médicos:

-¿Has viajado en avión largas distancias? ¿Cuándo y cómo?

La azafata anunció que el vuelo de Santiago iba a tardar cuarenta minutos. No me quejé como hicieron los demás pasajeros. Proseguía contemplando la niña que estaba a mi lado que sin desesperación intentaba componer el puzle. Tenía unos siete años, acompañada por una mujer de unos sesenta años. Parecía su abuela. La niña estaba totalmente inmersa en el juego, intentaba componer la imagen de Cenicienta, la famosa protagonista del cuento infantil. Contemplé su empeño. Cada vez que las piezas se mezclaban, ella volvía a intentarlo. A menudo se equivocaba, siempre le faltaba algo. Pasé más de una hora de este modo mientras que la taza de chocolate esperaba.

Una pieza no se encontraba en el lugar adecuado y la imagen quedaba defectuosa. El puzle estaba a punto de completarse, solamente dos piezas cambiaron de sitio, la de la cabeza se puso en el lugar del corazón y viceversa.

-Ecuación imposible incluso en la realidad –me susurré a mí misma.

Era una escena inspiradora.

Yo soy la Cenicienta falsificada, me quedé atrapada en una trampa que la vida me puso lejos de cualquier lógica. He vivido una vida descompuesta cual el puzle y debo unirla a partir de los añicos de otra vida, que a otro pertenecen y en cuyo universo yo giro. Autoridad nebulosa, personalidad frágil, rendida totalmente a un ciego destino.

[Bajo la tenue lluvia, deambulo entre callejones antiguos, en el centro de la ciudad alemana, Bonn. Mis pies me llevan hacia una amplia plaza, creo que es la Place de la poste. Vi un retrato que ocupaba una de las fachadas donde yo aparecía sonriendo. No era un dibujo, ni una foto tomada con cámara, más bien estaba formado con piezas de puzle. Me asombró su gran tamaño. Los transeúntes se paran delante de ella contemplándola. Me puse delante orgullosa; mostrando que soy yo la que está en la foto. De repente, la imagen empieza a despedazarse cayendo en el suelo. Intenté gritar y pedir ayuda, pero mi voz se quedó atrapada en mi garganta. Nadie reparó en mi presencia. Cada vez que las piezas caían, lloraba y me desvanecía. Las piezas al caer producían un sonido cual fueran cuerpos pesados. La gente se dispersó y me quedé sola, recogiendo las piezas y tranquilizándome con la idea de que solo eran piezas de puzle y que era posible recomponerlas...]

Me desperté, mis mejillas estaban mojadas, y la taza de chocolate derramada sobre el banco. Me desvelé, el embarque estaba a punto de terminar. Era la última pasajera que se incorporaba al avión. El vuelo previsto para las siete de la tarde, salió a las ocho de la noche

Mi asiento estaba al lado de la ventanilla, y a mi lado se sentó un sacerdote. Le reconocí por su vestimenta, llevaba una cruz en el pecho y un evangelio en su mano. Balbuceaba una oración y hacía la señal de la cruz. Cuando se echó a un lado para dejarme pasar, me horrorizó su gordura. Era tan alto y corpulento que me hizo sentir la fragilidad de mi cuerpo.

Al despegar el avión, sentí la sacudida de su cuerpo, que se desbordó de su asiento hacia el mío. Cuando se encendió la luz, su rostro parecía una manzana ennegrecida. Me miró disculpándose e intentando sin éxito dejar espacio entre nuestros cuerpos y entablar una conversación para calmarse. Pero yo había tomado un somnífero y me preparé para un largo sueño... Prefiero cruzar el océano Atlántico durmiendo. El viaje era largo, de unas trece horas.

Entre los asientos capté el rostro de una joven mulata con los ojos cerrados, rostro iluminado enmarcado de pelo espeso, negro, y otros ojos marchitos contemplaban la escena a escondidas sintiendo lastima y impotencia.

Como consecuencia lógica de la escena, evoqué el cuento de Gabriel García Márquez “El avión de la bella durmiente”. El autor relata la noche que pasa en el vuelo París-Nueva York junto a una mujer que había sido la más bella que había conocido en su vida. Respiraba su aliento, soñaba sus sueños, experimentaba las ensoñaciones de los amantes sin que pudiera tocarla o hablar con ella.

La novela era parecida a “*La casa de las bellas durmientes*” del novelista japonés Yasunari Kawabata. El cuento se desarrolla en una posada frecuentada por ancianos adinerados que se entregan al voluptuoso placer de mirar solamente, cumpliendo con una serie de exigencias: dormir en compañía de hermosas jóvenes en la misma cama sin tocarlas.

Seguro que García Márquez estaba fascinado por la novela, hasta el punto de imitarla en “*Memoria de mis putas tristes*”. Un anciano, al cumplir 90 años se regala a sí mismo una noche de amor, en un prostíbulo del pueblo. Pero el anciano encuentra a la chica dormida y así permanece toda la noche, sedada por la matrona. La peculiar relación se prolonga durante un año.

Me distraje en el mundo de las dos novelas. Me permití interpretar la relación entre ambas, apoyándome en la maldad femenina que residía en mí y la escena del anciano que devoraba a la mulata dormida frente a mí. Llegué a la conclusión de que la edad de García Márquez estaba detrás de la idea principal de “*La casa de las bellas durmientes*”, expresando que era posible vencer la amargura causada por la vejez, y que el deleite ante la belleza no desaparece con la edad.

Con los ojos cerrados, yo también he intentado recordar el nombre de los personajes de las dos novelas, pero era en vano... ¡Quizás los recuerde en el sueño!

Al aterrizar en el aeropuerto de Santiago, mis pies se me hincharon tanto como para no poder calzarme. Según los médicos, aquel largo viaje era un aviso. No me di cuenta en ese momento de que los mecanismos del cuerpo fueron alcanzados por algún peligroso trastorno.

Los mismos síntomas se repitieron en el vuelo de vuelta a Madrid.

El único placer en la vida se convierte en una causa indirecta de la muerte.

¿Debo arrepentirme? En absoluto.

Incluso sin la tumba de Pablo Neruda y su casa a orillas del pacífico, Chile hubiera sido la meca de los maníacos de la literatura y de la creatividad. Además es el país de mi preferida novelista, Isabel Allende y la poetisa Gabriela Mistral. El país es un jardín de poesía y de novela.

En este momento, desapareció de mi sueño el hombre de la casa. A menudo me acuerdo de él. ¿En qué país del mundo estará ahora?, me pregunto- ¿En Jordania, Francia, México, España, Alemania? ¿Aun lleva su mochila y se desplaza entre aeropuertos huyendo de sí mismo?...

Quizás esté en alguna casa de ancianos, tal como le hubiera imaginado mientras caminaba delante de Augustinium en Bonn; o quizás en una habitación de un hospital, tal como hubiera creído cuando yo estaba en el hospital Salpêtrière de Paris; quizás ha olvidado ponerse su mascarilla de oxígeno y se ahogó muriendo solo en algún hotel.

Las preguntas se quedaron marcadas como agujeros negros.

Luego, empecé a imaginar a otras personas que habitaban la casa, hombres, mujeres y niños; generaciones que van y otras que vienen. Todavía hay en la casa suficiente dolor.

Después de meses de contemplación, me percaté de una pregunta que debía hacer: ¿Acaso era yo quien habitaba la casa, o ella habitaba en mí?

Finalmente, no me queda más que creer en el poder de lo imprevisto y el desorden que conlleva.

En el teatro Nacional de la ciudad de Illapel, antes la ciudad de los naranjos, mientras me levantaba de la mesa de conferencias después de un recital de poesía, se me acercó una mujer de unos treinta años, color trigo, pelo oscuro, ojos azules y largas pestañas. Una mujer de rasgos árabes.

Me saludó y me felicitó por un poema infantil que había recitado:

-El humanismo en tus poemas me hizo llorar -me dijo-. Vine a esta ceremonia para conocerte a ti precisamente. Según leí en el programa, eres una poetisa árabe; pero lo que más me llamó la atención es tu nombre, Aicha.

-Sí, así es.

-Es el mismo nombre de mi hija.

Me regaló una muñeca de tela y paja, confeccionada por una conocida hechicera de su pueblo, donde cada año se celebra un festival mágico.

Cual me conociera antes, me cogió del brazo llevándome hacia la entrada. Prosiguió:

-Yo soy de raza árabe, de la tercera generación de palestinos en la diáspora. Mi familia emigró a Chile después de la Nakba¹⁸. No entendemos el árabe, pero hemos guardado nuestros nombres árabes. Yo me llamo Izahra.

-He conocido a una mujer costarricense con el mismo nombre. Parece ser árabe, derivado del nombre Zahra muy común en los países árabe tales como el mío, Aicha.

-¿Puedo saber el significado de ambos nombres? -me preguntó.

-Zahra es una flor; mientras que Aicha es derivado de la vida, la mujer que ama la vida.

Sonreí:

-Pero hay que tener cuidado. No toda mujer que lleva este nombre, ama la vida.

Me enseñó la foto de su hija, que se le parecía mucho. Me pidió un ejemplar de mi poesía en árabe con una dedicatoria.

Me disculpé, porque sólo tenía el ejemplar en castellano. ¡Quién pudiera imaginar encontrarse en una pequeña ciudad chilena fronteriza con Argentina a alguien pidiendo un libro en árabe!

-Por casualidad, ¿tendrías un libro de nuestro poeta palestino Mahmud Darwich?

¹⁸ Nakba es un término árabe que significa "catástrofe" o "desastre", utilizado para designar al éxodo palestino.

-Ahora no, lo siento. Pero en el hotel, en Coquimbo, tengo su último poemario *No quiero que este poema se acabe*. Si vinieras allá te lo regalaría con mucho gusto; ahora te ofrezco este ejemplar en castellano.

Mientras abría el libro para escribirle la dedicatoria para su hija, le pregunté:

-¿Cómo se llama tu hija?

-Aicha Rodrigo Omeya.

Me tembló el bolígrafo entre los dedos. El vestíbulo del teatro estaba lleno de gente y había mucho ruido. La tomé por el hombro, llevé su cuerpo hacia un rincón y le pregunté:

-Creo que no he oído bien. ¿Has dicho Rodrigo Omeya?

Movió su cabeza afirmativamente mientras admiraba las letras en árabe.

Titubeé antes de preguntarle de nuevo:

-Seguro que tus antepasados pasaron por Europa, por España o Francia, antes de llegar a Chile.

-No lo sé. ¡Quizás!

Acumulé mis fuerzas, e insistí:

-¿Tenéis allí algún familiar cercano con el mismo apellido y que sea psiquiatra llamado Juan Rodrigo Omeya?

Me pareció que la conversación no le interesaba.

Para sacarme de dudas, hablé:

-No, nunca he oído hablar de familiares en Europa. Quizás en Siria, Líbano o Jordania.

La mujer, como una niña fascinada por la caligrafía árabe, me pidió leerle la dedicatoria.

“A Aicha Rodrigo Omeya, tal vez la vida sea tan generosa como corresponde a tu nombre y que vuelva la semilla a su raíz poniendo fin a esta trama.”

Me refería a ambas tramas: la de Aicha la palestina, la chilena procedente de las orillas del mediterráneo, cruzando el Atlántico y alcanzando el océano Pacífico en busca de un hogar. Y la mía en una casa nadando entre dos mundos que me comparten violentamente y en extraño paralelismo.

Después de la coincidencia chilena en el Teatro Illapel, espero, cada noche regresar a mi sueño, la casa; rechazando por completo una corazonada interior, que todo lo que procede de la nada debe regresar a la nada.

Juré ser más valiente en el próximo sueño, bajar las escaleras hacia la planta inferior, enfrentarme sin miedo con el hombre para contarle su verdad, reflejar su rostro en el espejo de mi tiempo, reprocharle la trama en la que me ha metido durante toda una vida, y con coraje, preguntarle quien soy yo, la habitante del desván.

No es justo que muera con la pregunta sin contestar: ¿Compartir la misma casa con un hombre que nunca he conocido?

Me compadecí de mí misma: comencé a trepar las escaleras del cielo sin que mis pies hubieran tocado nunca tierra firme.

Muchas veces me detuve ante la puerta de la vida sin ser capaz de entrar: un cadáver desconocido se interponía entre la vida y yo.

Pero parece que nosotras las mujeres, cuando tenemos el valor de preguntar, ya estamos viejas y hemos pasado el tiempo de soñar¹⁹.

¹⁹ Considero que el final de este cuento es débil y no convence, por eso me encargo de representar a la narradora; porque el personaje Juan se parece al personaje Pedro Salvador en mi libro *“Elogio a la sombra”*, solamente he cambiado el nombre: “Como todo, el destino de Juan Rodrigo Omeya nos parece un símbolo de algo que estamos a punto de comprender”.
Jorge Luis Borges.

Aicha Bassry

Licenciada en letras y lengua árabe por la Universidad Mohamed V de Rabat. Fue profesora y luego secretaria en la redacción de la revista educativa del Ministerio de educación nacional. Miembro de la casa de la poesía .Miembro de la Unión de escritores de Marruecos. Vice presidente del AICL francesa.

Publicaciones:

Tardes, Ed. Dar Aatakafa. Casablanca 2001(Marrueco)

Insomnio de los Ángeles, Ed. Okad. Rabat 2003(Marruecos)

Un balcón a oscuras, Ed. Dar Aatakafa. Casablanca 2004(Marruecos)

Noche frágil, Ed. Dar Annahda 2007(Líbano) El dialogo de la chimenea: cuadros del artista Abdellah Al Hariri. Colección “Livre pauvre” Fundación Malarne, Galimard 2009(Francia)

Mi amigo el otoño. Cuadros del artista Moa Bennani Ed. Dar Marsem 2009 (Marruecos)

La soledad del pájaro, Ed. Dar Ward; Damasco, Siria 2010.

Noches de seda. Novela: Ed. Dar Almasria Alobnania; Egipto, 2013.

Las nadadoras en la sed, Ed. Casa de la poesía en Marruecos, 2015.

Su poesía ha sido traducida a varios idiomas:

El candil del poeta, Antología poética en lengua Turca. Traducción de Matin Fendakgi. Ed. Dar Digraf Istanbul 2006 (Turquía).

La soledad de la arena, Antología poética en español. Traducción de Abdellatif Zennan. Ed. Alfar Ixbilia. 2006 (España).

Insomnio de los Ángeles, Antología poética en francés. Traducción de Abdellatif Laabi. Editado con el patrocinio del departamento cultural de la embajada de Francia en Marruecos. Ed. Dar Marsam.2007 (Marruecos).

Despliego mis alas, Ed. Universidad de San José colección casa de poesía palabras de paz .Traducción de Abdellatif Zennan. 2009 (Costa Rica)

Cicatriz de la luz, Antología poética en español ediciones centro Mohamed VI para el dialogo de civilizaciones. Traducción de Abdellatif Zennan. Santiago. (Chili). 2010

Bajo una suave lluvia, Antología poética en lengua Turca. Traducción de Matin Fendakgi. Ed. Art Chop Istanbul (Turquía) 2011

El arder de las lilas, Ed. Il Girasole .colección poética en italiano. Traducción de Reddad Charrati. (Italia) 2012

La intuición lupus, Antología poética en francés. Traducción de Abdellatif laabi Ed. L'harmattan, colección Accent Tonique ; Paris 2013 (Francia)

Ha realizado también una crítica sobre la ironía en la poesía de Mahmud Darwich. Estudio crítico.

Escribe artículos en varios foros marroquíes y árabes: (La Revista Al Ahram) Egipto. (La Revista "Anta" columna mensual) Jordania. (La Revista Al Qods Al Arabi) Londres. Al Ittihad Al Ichiraki, Al Alam cultural, Marruecos.

Su poesía ha sido recogida en varias antologías poéticas:
Ha participado en diferentes festivales culturales internacionales.

Esta edición de
NOOCHES DE SEDA
Se terminó de traducir el día
10 de febrero de 2015